

No solo las aves tienen alas

Angel Valbuena



Capítulo 1

*A ti, alma joven,
que sientes, que sufres,
que, sobre todo, buscas
ser tú mismo y nadie más:*

¡Vive!

*¡Vive que tuya es la vida,
tuyo es el tiempo!*

A.V

Capítulo 2

Intro

«Las palabras nunca han sido mi fuerte. Y tú me dirás que estoy bromeando, que es mentira, que no invente cosas que no son.

Dirás, también, que nadie tiene un poder como el mío, ese de transfigurar un mensaje concreto en otra cosa, como si fuese un alquimista, un mago, un ilusionista que hace lo que es y lo que no es a la vez, engañando a simple vista por medio de la falsificación.

Solo eso podría decir de mí mismo: soy un falsificador. En todo caso, el falso soy yo, todo yo, nadie más que yo.

No soy quien digo ser ni soy quien soy en realidad. Solo soy un disfraz que deambula por la escuela, el barrio y el ciberespacio, oculto detrás de caracteres y apariencias completamente ilusivas, falsificadas, trucadas, alteradas, aparentes, disfrazadas, todas engañosas, todas manipuladoras.

Y todos creen en lo que quieren creer.

Todos caen, ciegos, stupidizados, ante la imagen de lo que no ven en serio, de lo que no está en realidad. De lo que se muestra a simple vista sin mostrarse por completo, solo entre borrones y rasguños de realidades malinterpretadas, como las canciones, como los poemas, como las novelas, como los cuentos.

Todos caen porque quieren caer, y ya.

Las palabras nunca han sido, ni serán mi fuerte, sin importar lo mucho que te pongas en contra.

Ceder es algo que se me da natural, pero por engaño, porque nunca cedo en realidad: solo les dejo ver, entre luces, aquello que creen desear justo antes de meterme de nuevo, pero sin decir nada, sin tocar nada, pero sí tocándolo todo, y nadie se da cuenta nunca.

Ni tú te percataste de eso, amor mío, cuando en un principio te dejé llegar. Porque yo buscaba algo de ti, deseaba algo de ti, necesitaba algo de ti.

Ese algo terminó siendo otra cosa muy distinta, alterna, confusa, iridiscente, frágil, sumisa, patética, ruin, falsa, falsa, falsa como yo, como cualquiera, como ninguno.

Y no te percataste de eso en lo absoluto.

No te percataste, tampoco, de otras tantas cosas, de tantas veces, de tantas despedidas.

De tantos adioses y adioses que te dejé impregnados en los labios en las no sé cuántas veces que me dejé besar cuando no quería. Pero sí quería. Pero no me dejaba.

Me negaba y te alejaba, porque el rechazo parecía gustarte y yo lo hacía muy a menudo para así tenerte siempre, para así besarte siempre, para así tocarte siempre.

Entonces me tocó hacer la despedida verdadera, la última, la real, la definitiva, la que lleva mi nombre, que también es tu nombre de cierto modo.

Me tocó hacer una despedida que nos aleje lo suficiente, lo demasiado, como para que puedas finalmente volar lejos, porque lo mereces, porque lo necesitas, porque ya no me necesitas, aunque yo te necesite en desespero.

Pero no tengo cura.

No tengo remedio.

No tengo solución, solo el final.

Prometo no llorar, amor de mi vida, por las lágrimas que derramarás luego por mi nombre.

Prometo no borrar de mí rastro alguno de tus visitas, porque las llevaré conmigo hasta donde el tiempo no transcurre.

Las llevaré hasta donde las variables del destino se acompañen en un vals eterno y se abra paso entre las verdades que se distribuyen más allá de esta vida, mientras te espero en la otra vereda del existir.

Te extrañaré como sé que me extrañarás mientras te espero en la ausencia.

Teñiremos los cielos de colores más brillantes, de colores más vivos, de colores que lleven tu nombre y el mío.

Andaremos de manos tomadas, de dedos cruzados, con miradas eternas y besos siempre cálidos, porque en esta vida no queda otra cosa más que el desespero, pero no en el fin.

Y es mi turno, porque así debe ser, de alcanzar el fin para tener, entonces, un comienzo.

Tú volarás. Volarás alto, muy alto, y yo no estaré ya contigo. No estaré contigo hasta llegada la hora de nuestro reencuentro, hasta llegado el momento de volvernos, una vez más, el uno del otro, el uno con el otro, el uno para el otro.»

Capítulo 3

I

«Indudablemente»

La suerte pareció intentar favorecerme el mismo día en que había decidido acabar súbitamente con mi vida.

Había sido tan descuidado hasta ese momento que, de una u otra manera, no podría percatarme de cambio alguno a mi alrededor, pero esa no era excusa para decir que no habían estado ocurriendo cambios en realidad, porque simplemente lo ignoraba de momento, así como suelo ignorar cuanto existe en los alrededores cuando estoy presente en ninguna parte.

¿Por qué hacía tal cosa?

Era, en parte, quizá, por las aflicciones contraídas en el deambular de los cortos años de vida que tenía como si se tratase, tal vez, de un virus que bambolea a lo largo de las corrientes de aire.

Era, en parte, quizá, por el abandono llevado a cabo por mi padre y la sobre exageradas fragilidades de mi madre, su fiebre fatalista y sus ataques de depresión constante, hasta que se recuperó de ello contagiándomelo a mí, porque no me volví a levantar de la cama siendo el joven preadolescente que debía ser y que luego, tres o cuatro años más tarde, se perdería tras una pantalla para vaciarse el descontento siendo un alguien que no existe en realidad.

Una cortina de humo existencial, como me habría dicho tantas veces el cretino de mi terapeuta.

Para él esas palabras tenían, siempre, sentido y razón de ser, para mí, en todo caso, no son más que simples y superfluos equívocos de un observador, también, equívoco, porque no sabe nada de mí, porque no me conoce a mí, porque no tiene idea de quién soy yo, precisamente

porque yo no existo, porque yo morí en pleno tránsito mientras mi madre terminaba de superar el abandono de un hombre cuyo rostro ya no recuerdo y que, entre una cosa y otra, entre un olvido y otro, entre un abandono (el de él) y otro (el de ella), me fui consumiendo como se consume un cerillo encendido. De mí no quedó nada más que el rostro.

¿Se trata de un recuento?

¿Se trata de una antología?

¿Se trata de un intento por zurcir las hilachas sueltas de una vida que perdió sentido ni bien había empezado a formularse?

Preguntas de terapeuta, lo sé.

Visitar a ese maldito cínico pervertido me dejó secuelas. Secuelas percederas, pero, a veces, indescifrables. Indescifrables porque son palabras prestadas, aunque surjan de mí, que intentan contraponerse a lo que haya dicho, a lo que haya hecho o a lo que haya siquiera pensado como esperando que vuelva hacia atrás mis pasos y recapacite lo que había dicho-hecho-pensado.

Se siente como tener una mente ajena dentro de mi propia mente. Porque, según él, *nunca se despertó en mí la noción de "consciencia"*, por tanto, mi inconsciente no me dirigía palabra alguna, fuese con la voz del ángel, fuese con la voz del diablillo.

Nada.

Nada de eso había sucedido nunca porque no soy más que un individuo carente de emociones, carente de envidias.

No siento más de lo que siente un corte de res cuando lo echas al fuego, cuando le das la vuelta y ver si se está dorando, cuando lo sacas para rebanarlo, repartirlo, servirlo entre varios invitados y, finalmente, ser devorado por los sonrientes comensales.

No siento más de lo que debería sentir, si está a mi alcance sentir algo, porque tengo la palanca de la vida en neutro.

Pero deberías intentar cambiar de velocidades, me habría dicho una vez más el cretino de mi terapeuta, sin disimular la lascivia que vomitaban sus ojos cuando me miraba. Deberías tomar el control del auto, porque es tu auto, mover la palanca, cambiar las velocidades y abrirte paso por un carril distinto.

Pero lo dice como si no hubiese pensado en ello, porque siempre lo dicen de esa forma, como si uno fuese un cretino que no ha pensado en nada y

que, simplemente, ha cerrado los ojos y se ha dejado caer de espaldas hacia el vacío.

Y no es así.

No es así como él y cualquier otro tarado idiota, con sus tan imprudentes salidas prácticas, creen que son las cosas, porque ya uno, desde el silencio, desde el encierro, desde el exilio social, ha pensado en ello y en otras muchas cosas.

¿Por qué no tomar el control del auto si es tuyo?

Porque el motor nunca se ha encendido.

¿Y por qué no lo enciendes?

Porque no tengo las llaves.

¿Y quién tiene las llaves?

Si lo supiera no tendría que aguantarme tu pedófila cara, Kevin, y no malgastaría el dinero de mi madre en estas sesiones inútiles en las que, según tú, *he progresado, muy lentamente, pero he progresado.*

¿Cuál ha sido ese progreso? No me he perdido ni una sesión y todavía no encuentro el fulano progreso. ¿Acaso te burlas de mí, Kevin? ¿Te parece divertido todo este asunto en el que intentas colarte a modo de príncipe azul?

Me das asco, Kevin.

Tú y tus miradas me dan asco.

Tú y tus siempre profundas resoluciones me dan asco.

Tú y tus nada disimuladas intenciones conmigo me dan asco.

El mundo entero me da asco.

Yo me doy asco.

¿Qué toca luego, Kevin? ¿Me rescatas y qué? ¿Qué salvaguardas? ¿Qué proteges?

La última vez que salvaguardaste nada, intenté cortarme las venas mientras estaba, todavía, a mitad de un común y corriente día de clases.

Y justo ese día, solo ese día, las cosas habían empezado a endulzarse un poco, y no me percaté de ello hasta tiempo después, cuando “me recuperé” de mi despreciable aventura, de mi Dantesco viaje de ida y vuelta hacia el infierno.

Y eso es lo que quisiera que entendieran, Kevin, tú y tus compañeros de trabajo, tú y tu gremio de tarados ignorantes, especialistas de hacer creerle nada al que ya en nada cree: intento desaparecer porque me han desaparecido ya estando aun despierto.

¿Qué diferencia hay, entonces, si me voy o si me quedo, si nadie podría siquiera extrañarme?

Ni siquiera tú, Kevin, porque sé que tus miradas me cambiarían por cualquier otra joven flor que atravesase esa puerta y que, al igual que yo, te necesite para recobrar el sentido de la normalidad.

Ahora dime, Kevin: ¿Qué es la normalidad? ¿Qué es, en la más simple de tus palabras, la normalidad?

Que tú estés bien, me responde, porque no noté que había dicho esto en voz alta. Porque no noté, tampoco, tiempo después, que la brevedad del asunto y mi desaparición despierta no habían entrado, siquiera, en un estado de pausa.

Porque, aunque estuve a punto de morir, el mundo siguió adelante su curso sin siquiera notarlo, aun cuando media vida me vio sobre una camilla, bañado en sangre, el día en que me sacaron a toda marcha de la escuela con el alma escurriéndoseme por entre los labios. Pero se tardó demasiado en salir, así como yo me tardé demasiado, también, en apretar el botón rojo y mandarlo todo al carajo, porque no tengo nada.

Y hoy, justo hoy, a seis meses, casi, de aquel momento, tengo que reconsiderar el decir que no tengo nada, porque, ahora, tengo un alguien. Y, muy a pesar de ello, la idea original no se ha ido hacia la nada: no.

Sigue ahí como aquella vez, Kevin, consciente de sí misma, consciente de mis faltas, de mis carencias, consciente de mis equívocos lamentables, de mis lamentaciones ilícitas, esas que suelo compartir a solas, conmigo, en plena oscuridad.

Porque me ha visto llorar.

Me ha encontrado, también, llorando sin motivo.

Me ha sorprendido, en muchas ocasiones, con la mirada perdida, con el corazón casi detenido y la respiración entrecortada, porque sabe que mi cuerpo da señales objetivas de que sufro en el alma y él parece ser el

único que lo ha notado.

¿Y tú qué has notado en mí, Kevin?

¿Qué has descubierto en mí que solo posea yo porque forma parte de lo que soy, de quien soy?

Seguramente nada.

Ni tú ni los tuyos ven nada porque somos solo ratas de laboratorio para darle sentido a un estudio que no estudia nada en realidad. Porque solo intentan sobreponer sus malentendidas ideas sobre nosotros para asegurarnos, luego, que esa es nuestra dolencia real.

Mentiras.

Todas son mentiras y lo sabes, Kevin, porque no sabes nada de lo que llevo conmigo, auestas.

Y él, sin estudios universitarios, sin maestrías, sin post-gradados, sin doctorados ni ninguna otra pendejada de esas, lo ha descubierto todo de mí, solo a través de sus ojos, que son también mis ojos.

Indudablemente, Kevin, las cosas no son lo que parecen y, cuando parecen, no deberías intentar desglosarlas.

No deberías, Kevin, forzar tus palabras como quien fuerza una pieza de rompecabezas que no calza porque, al final, lo que es siempre *será* y, lo que *parece*, en algún momento, se mostrará *tal y como debería*, y la pieza superpuesta no tendrá sentido porque todo seguirá de frente su camino y ella, así, superpuesta, no podrá irse a ninguna parte.



Capítulo 4

II

«Inicio»

No hay mucho que pueda decir o contar respecto a nada previo a su intento de suicidio en la escuela.

Solo era otra víctima de tantas, otra silenciosa víctima que se recluía en su propia agonía para no sentir que molestaba a nadie, para evitarse la necesidad de alzar su voz porque, a su parecer, aquello no valía demasiado la pena.

Era, según me explicó una vez, un esfuerzo innecesario para una respuesta, también innecesaria. Porque se pensaba innecesario desde antes de haberle conocido en realidad, pensamiento del que, admito, soy en gran parte culpable.

Lo repito, más a modo de castigarme a mí mismo que de aclarar algo evidente: era una víctima. Y yo fui su victimario más veces de las que puedo recordar.

Preguntarme el por qué hacía lo que hacía sería perder el tiempo: no tengo idea. Creo que me cegó esa equivocada noción de poder que te da la escuela cuando tú, siendo tan solo uno, estas por encima de los muchos que te rodean solo porque te temen.

Me acostumbré a eso: a ser temido, a infundir miedo en cualquiera que me pensase, que me mirase, y pobre de aquel que se me atravesara en el camino, porque no iba a salir de ahí completo. Pero él lo logró más de una vez, antes del intento, y ya después de eso la cosa fue distinta.

¿Distinta cómo?

Buena pregunta, muy buena pregunta, aunque quisiera no responderla. Pero sé que debo hacerlo: hay cosas que deben ser expuestas sin medir consecuencias porque, a estas alturas, las consecuencias ya no existen, ya ocurrieron y estoy pagando un precio altísimo solo para mantener mi cabeza donde debería, y no hablo en sentido figurado.

Porque se me acusa de algo delicado, de algo que, en cuestión, hubiese sido culpa mía en verdad si mi vida y la suya no se hubiesen cruzado un mes después de su intento de suicidio.

La cosa es que yo no sabía nada tampoco y todo fue como una especie de casualidad al principio, una casualidad muy pero muy extraña.

¿De qué hablo?

¿A qué me refiero?

Debo hacer un recuento.

Debo volver a encaminarme hasta un tiempo previo y, así, darle play a la cinta una vez más, dejar correr el video desde el punto en que ciertas cosas cobren sentido por sí mismas, no solo porque me incluyen a mí, sino porque tienen que ver también con él, aunque no lo parezca.

Porque, si me ves bien, si me escuchas bien, si me conoces bien, podrías decir que soy como cualquier otro, pero no es verdad, al menos en parte.

Porque, si pudieras meterte en mi cabeza y resolver el puzzle que descifraría ciertos momentos, tal vez, serías capaz de comprenderme mucho mejor, incluso, de comprenderlo también a él.

Soy conocido por ser un abusivo.

Soy conocido, también, por ser un abusivo de una raza distinta, porque pienso, porque tengo ideas constructivas, porque tengo lenguaje y mente brillantes, aunque pareciera que despreciara todo eso.

Soy, en cuestión, un ser atormentado que atormenta a otros sin importarme, en lo absoluto, si estos sufren más o menos que yo: les haré sufrir de todos modos, les haré padecerme de igual manera, les haré recordarme hasta en sus horas de sueño, porque soñarán que los persigo, también, mientras duermen.

Y me temen por eso y por mucho más.

Pero no importa ya, aunque todavía parecen no creerse eso de que he dejado de ser un monstruo, de que he dejado de ser una bomba de

tiempo a punto de estallar.

Agradézcane a él, aunque ya no esté.

Agradézcane a él que logró algo que pensé, tantas veces, me sería imposible llevar a cabo.

Y lo consiguió de una manera que no terminó de aclararme nunca, una manera que prefirió llevarse consigo porque no entendí si aquello fue premeditado o si se trató de una casualidad bastarda jugando, con nosotros, a los dados. De igual modo me alegro que eso, sea lo que sea que haya sido, sucediera tal y como sucedió, precisamente, cuando sucedió.

Y aquí perderé un poco la noción del tiempo, cuando tenga que aclarar ciertas otras cosas referentes a lo sucedido, porque no le presté atención a las fechas, a los días ni a las horas que se devinieron de aquello.

No pueden culparme por hacerlo: es natural.

Cuando te tropiezas con aquello de una manera inesperada, se te olvida todo y nada más importa. Cuando alcanzas a tener *aquello* entre tus manos, solo puedes concentrarte en *ello*, en ti, y tu corazón, acelerado por primera vez a causa de algo que no es ni ira, ni odio, ni rabia, logra apaciguar la tormenta que ha estado agitada, desde siempre, en tu interior.

Así es como deja de ser tormenta entonces, aunque todo quede entre nubes grisáceas todavía, porque no puedes negar que algo incómodo sigue ahí, inmóvil, expectante, a la espera de un reinicio propio.

Sé que no he dicho demasiado, ni de mí, ni de él, ni de nosotros. No es sencillo empezar algo que no tuvo un inicio del todo claro. No hubo un momento, lugar, hora o día específicos.

No, nada de eso.

No hubo tampoco, en cuestión, una sucesión de encuentros o conversaciones que puedan explicar o aclarar cómo fue el acercamiento: si fue él el primero en mover la pieza o si fui yo, no lo sé.

He tenido, desde siempre, un problema con prestarle atención al inicio de las cosas, así que, y como suele sucederme siempre, no logro saber explicar bien un comienzo. No importa si es algo de suma importancia para mí, pareciera que aquella grieta no pudiese ser reparada y, por tanto, siempre tendré un vacío de por medio, aunque nunca en el medio.



Capítulo 5

III

«Perspectivas»

Quisiera no tener que nombrarlo más veces de lo que debería, pero Kevin y yo hemos compartido demasiada información, información que, a estas alturas, espero, no haya sido develada en un orden equivocado.

Porque el orden es, en cuestión, quien encamina siempre una verdad, cualquier verdad, hacia aquello en quien nadie cree todavía: *verdad absoluta*.

Ahí fuera hay, ante las narices del mundo, incontables verdades, verdades absolutas, que le dan sentido, inclusive, al sin sentido en sí mismo. Porque, por muy contradictorio que parezca, el sinsentido es necesario para la verdad, así como la verdad es necesaria para la mentira y viceversa.

Es una especie de relación simbiótica, parasitaria, donde una cosa daña a la otra, pero le da sentido, le da razón de ser, le da vida. Y sí, es extraño que alguien como yo hable, precisamente de *vida* cuando, en última instancia, la vida es lo que menos anhele.

Pero hay tantas cosas que, en la vida, podemos encontrar para encontrarnos a nosotros mismos, incluso, hasta después de la muerte.

La pregunta, estoy seguro, sería: ¿cómo es siquiera posible eso? Pero no tengo respuesta para ello, quizá no todavía, quizá la tenga después, quizá no la llegue a tener nunca y mi perspectiva sea equivocada, o tal vez no sea una cuestión de perspectiva sino de *momento*.

Porque cada cosa tiene su momento y cada vida es, en cuestión, un

momento, un instante, un grano de arena en la eternidad.

Yo soy, o fui, un momento.

Tuve mi momento y no supe qué hacer con él, o no estaba preparado para tal cosa, o no era mi momento en realidad y por eso me sentía siempre a la deriva, por eso me siento siempre a la deriva.

Y Kevin, mi querido Kevin, insistía en que tal sensación era solo *una situación ilusiva, un espejismo, una idea equivocada propuesta por un sentimiento equivocado tras una perspectiva equivocada ante una vida, curiosamente, repleta de situaciones equivocadas también*. Y aun así el equivocado soy solo yo.

Cosa lamentable ¿verdad?

Eso de ser víctima de toda una conmoción, de toda una circunstancia y que, al final, el daño resultante de aquel frenesí espasmódico del destino sea culpa tuya por no saberlo confrontar, por dejarte envenenar, por no ser lo suficientemente fuerte teniendo, apenas, once o doce años, y no lograr ajustarte el cinturón en los pantalones, como los hombres.

Cosa lamentable, sin duda, terminar enfrascado en un silencio testarudo, volverte un alma taciturna a pesar de poseer un atractivo físico, propio de quien se bañaría en halagos y miradas de deseo furtivo.

Pero no, no es así.

Mi belleza solo espanta, porque mi voz desaparecida y mis ojos siempre turbios parecen, según he logrado escuchar a hurtadillas, según dicen algunos-muchos a mis espaldas, no tener alma.

Soy, entonces, una coraza vacía que se mueve, de un lado a otro, con la mochila a cuestas y los deberes, siempre, a tiempo.

Pero: ¿qué es lo que ocurre, en verdad, en la oscuridad? ¿Qué es lo que habita, conmigo, tras las paredes de aquella habitación silenciosa y triste?

Secretos.

Muchos y muy poderosos secretos son los que pueblan, a mi lado, la habitación que habito desde que cambié cuando cambié, desde que hice lo que hice la primera vez que lo hice, tiempo antes de, siquiera, haber pensado en el suicidio, y mucho antes de haberlo intentado.

Cosa lamentable, también, eso de las perspectivas, porque la gente parece tener, cada día, menos opciones, menos –valga la redundancia–

perspectivas.

Todos vuelven la mirada al mismo punto, de la misma manera, desde el mismo ángulo, con el mismo objetivo, con la misma mente vacía, con las mismas palabras repetitivas, vacías también, y con la falsa esperanza de ver cómo un todo se vuelve, precisamente, lo que creen y no lo que debería ser.

Y cuando ocurre lo que ocurre, si les gusta, se vanaglorian del tan impetuoso mérito como si fuese suyo, cosa que de mérito solo merece un puñetazo en la cara.

Porque todo es, en su mundo, *vacío-sobre-vacío, vacío-con-vacío, vacío-para-vacío*. Porque nada significa nada y a nadie parece importarle, tampoco, nada.

Y yo soy, fui, por mucho tiempo, *nada*.

Para ellos, para mamá, para mí.

Pero fui *algo* también.

Durante un período bastante extenso, bastante dinámico, fui *algo, alguien*, para todo un montón de anónimos, no tan anónimos, medio conocidos a base de redes sociales, de videojuegos y demás, todo por internet.

Y yo no era yo tras la pantalla, siendo del todo yo ante ella, como justificando el punto exacto en que me bifurcaba entre el que *era-siendo* y el que *era-sin-existir*, porque solo existía, precisamente, pestaña tras pestaña, entre fotos y salas de chat, entre foros y una lluvia de halagos que venían de todas partes.

Desde España hasta Alemania.

Desde Colombia hasta Brasil.

Deambulaba por rincones inhóspitos siendo recibido, siempre, con intensa calidez y muchas intensiones dobles, intensiones que aprendí a domar en poco tiempo.

Así que, si lo ponemos en cuestión de perspectivas, las cosas no le salieron tan mal, después de todo, a aquel al que llevaba dentro, que floreció bajo las narices de todo el mundo y que solo sabía contonearse, con alegría, en medio del barullo silencioso que se gesta, día con día, tras la pantalla de un ordenador y todo gracias al internet.

Porque *yo*, aquel que *no-soy-yo*, pero definitivamente lo soy sin remedio, sonreía demasiado durante las largas horas en las que yo, el que se posa

ante la pantalla, deseaba ser más como *el otro*, sentirse más como *el otro*, sin darse cuenta que, al final, *el otro* no era más que *yo mismo*.

Porque te vuelves ciego, a veces, cuando una perspectiva crea la ilusión de que una cosa u otra son, precisamente, dos cosas muy distintas cuando, a veces, la perspectiva es otra, porque la cosa, el objeto, la persona que yace sembrada en el punto de bifurcación es tan solo una misma y no dos, como se ha venido creyendo desde un comienzo.

Porque yo mismo, siendo dos, soy solo y únicamente uno.



Capítulo 6

IV

«Victima»

Y es que la cosa comenzó por donde comenzó: obviamente, él se atravesó en mi camino. Él y solo él fue, a mi parecer, el culpable principal de mi intensa persecución en su contra.

¿Cómo o por qué?

Fácil: se atrevió a tropezarme en el pasillo sin siquiera volver la mirada cuando se lo reclamé. Era como si le hablaras a la pared porque, según parecía, no te escuchaba, no te prestaba la más mínima atención.

Y era bastante difícil estarse frente a él cuando te miraba, porque sus ojos te incomodaban a más no poder.

Además de que no parecía comprender quién era yo, que no debía, nunca en su jodida vida, toparse conmigo, ni provocarme, ni hacerme alterar como lo había logrado hacer esa y otras no sé cuántas veces.

Le di una golpiza ese mismo día y, lo juro, no se quejó ni una sola vez, no derramó ni una lágrima.

Habían sido tantas las golpizas que había propinado en, apenas, mi primer año que, cuando ya cursábamos el tercero, estaba más que acostumbrado al placer de las quejas, de los gemidos de dolor y las lágrimas de los alcornoques cuando se deshacían en un llanto prolongado.

Él fue el primero que permaneció tan mudo que me sentía cada vez más extraño cuando golpeaba su cuerpo.

Fueron muchas las golpizas las que recibió, porque esperaba que aquello fuese solo un asunto momentáneo. Luego preferí mantenerme a raya de

su existencia y hacerle entender que no lo quería cerca de nadie que me circundara. Que, sobre todo, lo quería bastante lejos de mí, a él y a su maldita rareza de circo.

Y cumplió como quien cumple una sentencia irremediable: en silencio y con esa mirada extraña en los ojos.

Así comenzó lo que, en el transcurso de ese año, terminó casi de inmediato.

El muchacho nuevo era demasiado raro, demasiado extraño, demasiado inusual.

Se decían demasiadas cosas de él, unas más absurdas que otras, así que no recuerdo ninguna de ellas en realidad. Lo que sí recuerdo muy claramente es la imagen de su pequeño y afeminado cuerpo, bañado en sangre, al momento que lo sacaban, a toda prisa, del baño del primer piso.

Eso ocurrió a mediados del mes de febrero, más o menos. El año escolar no había avanzado demasiado cuando a tan extraño muchacho se le ocurrió matarse ante los ojos de tanta gente.

¿Buscaba atención acaso?

Lo pensé en muchas ocasiones, pero no lo pensé con demasiada profundidad. Es que la idea, solo la idea, me pareció hacer demasiado ruido porque un fantasma no intenta llamar, nunca, la atención: espera, en todo caso que le dejen en paz, que le dejen en medio del silencio y la oscuridad, abandonado en donde está, aunque yazca, a veces, a simple vista.

Un fantasma espera, así como esperó él, que su imagen física se borre del todo de la memoria colectiva muy a pesar de que deambulaba, todavía, por los pasillos repletos, por las aulas alborotadas.

Entonces empecé a comprender algo que tenían aquellos ojos, pero eso fue mucho después. Antes de eso, mucho antes de volver a toparme, frente a frente, con aquella mirada fantasmal, me topé con alguien más.

Internet es una maravilla cuando se trata de información. Pero es más que una maravilla cuando se trata de personas. Así fue como conocí a Silvana, la chica que me volvió loco durante todas las vacaciones y durante una temporada en los días de clases.

Ella, blanca, blanquísima, de rasgos delicados y una naricita tan linda como sus ojos, siempre me sonreía por la videocámara cuando

hablábamos por el chat.

De ella sabía lo elemental, mas, nunca tuve información demasiado precisa como para saber de ella fuera del chat.

Sabía que tenía mi misma edad y que vivía en mi misma ciudad. Sabía también que tenía un padrastro abusivo, porque me lo dijo un día que, tras negarse a poner la videocámara, me expuso que no quería que la viera toda golpeada.

Igual insistí y la llené de mil atenciones para que levantara su ánimo. En poco tiempo supe que me había enamorado locamente de ella.

Y fueron muchas las veces que la vi de aquella manera: toda golpeada, tatuada a punta de moretones y demás. Fuera quien fuera el hombre que habitaba aquella casa merecía, sin duda, un balazo, directo y certero, en el orificio del culo por levantarle la mano de esa manera a una muchacha tan hermosa, tan frágil, tan dulce y tierna.

No se parecía en nada a ninguna de las tantas muchachas que asistían a mi escuela, y eso me gustaba, me gustaba demasiado. Me gustaba, sobre todo, cuando a veces se le olvidaba que ella era la chica y empezaba a subir de tono nuestras conversaciones.

Aquella fue una aventura, de veras, increíble.

Había sido por ella, en realidad, que decidí detener mis ataques sobre el muchacho nuevo. Luego de eso, casi como un premio para los dos, ella no volvió a aparecer ante la cámara con ningún otro moretón, con ningún otro golpe ni ninguna marca que significase violencia.

Le pregunté cosas delicadas para cerciorarme de que, tras bastidores, no ocurría algo diferente, algo peligroso. Me dijo, entendiéndome a la perfección mis pensamientos sin siquiera decirlos claramente, que nada de eso había sucedido ni sucederá.

Y le creí.

Le creí a esa sonrisa.

Le creí a esa mirada que se alegraba cuando me veía tras la pantalla.

Pero sí ocurrían cosas tras bastidores. Eran otras, muy pero muy distintas a las que, en un principio, me habían hecho pasar mala noche por toda una semana.

No podía siquiera imaginarme que la verdad era tal o cual cosa porque, ante mis ojos, la verdad era ella, tal y como la veía, tal y como se

presentaba ante mí.

Todo aquello fue, apenas, una parte de un todo magistralmente estratificado.

Yo solo fui una víctima.

Fui una víctima que, pronto, despertaría a la mañana siguiente en medio de un tumulto indiscriminado de sensaciones que, con nombre o sin él, no dejaban de proclamarme el ir a buscar a la farsante, no para castigarla, sino todo lo contrario.



Capítulo 7

v

«Ganancia»

Es cierto que, a lo sumo, mis palabras son del todo inexistentes cuando deambulo, de aquí para allá, en el mundo que existe ahí fuera, ese mismo mundo al que siento no pertenecer.

Mi mundo es otro, así como mi momento, también, debía ser otro y no precisamente este que he estado mal viviendo.

Porque soy otro cuando, en mi encierro, develo ciertos misterios, ocultos a simple vista, y los visto, uno por uno, día con día, y me transformo en aquel *otro yo*, que no es otro en realidad, solo una fachada que simula ser el *otro yo*, que existe sin existir en serio detrás de una pantalla.

Ahí me encuentro.

Ahí me encontrarás siempre, a la medida de tus instintos, de tus palabras. A la medida, también, de tus deseos, sean cuales sean, siempre y cuando yo esté de acuerdo.

Kevin, mi querido e insoportable Kevin, me encontró, me agregó, me escribió y nunca me reconoció. Ante él era alguien distinto, por completo irreconocible e irremediablemente hermoso.

Me dijo su nombre, o al menos uno que desconozco. Se hizo llamar de otra forma, una que, quizá, según creo, es como le hubiese gustado que lo llamasen en vez de Kevin.

Tanta cosa y mira dónde lo encontré, dónde me encontró y cómo.

Tanta cosa y mira cómo me develó tantas fantasías, tantas ilusiones, tantas apariencias escondidas tras una profesión, un título, un empleo y

una rectitud que, siente, lo llenan de vacíos por dentro.

Y lo comprendo como él nunca me ha querido comprender, porque es cosa de trabajo.

No me comprende a mí, pero sí comprende a ese otro yo con el que habla, que le dice lo mismo que le he venido diciendo desde hace tantas sesiones, desde hace tanto tiempo, y me da las respuestas verdaderas, aunque no sean, del todo, tal cosa.

Porque sus sentires se inclinan hacia mi otro yo, así como yo me inclino a sacarle provecho a la situación.

No sería la primera vez.

Así como Kevin, he perdido la cuenta de los muchos tantos otros que, tal cual él, esconden monstruos bajo la cama, tras el espejo, en el ropero, tras la cortina del baño o lo dejan dormir en el sofá.

Todos tienen secretos, terribles, y yo me aprovecho de ellos aprovechándome de mí mismo también.

Porque visto falda corta y llevo el cabello largo. Luzco gafas con cristales falsos y he cambiado el color de mis ojos con lentillas. Llevo un ligero maquillaje sobre la piel y la ropa que me viste, normalmente, termina en el suelo mientras alguien más, del otro lado de la pantalla, me aprecia en desespero con una promesa de por medio y un número redondo, siempre, adornando mi billetera digital.

Lo disfruto, no lo niego, pero disfruto más la ganancia.

Porque sus secretos son solo eso para mí: una ganancia fija y para nada modesta, porque soy costoso. Y no invierto nada de nada porque ellos mismos son mi inversión: cada prenda, cada juguete, cada mínima cosa que ellos pretendan disfrutar, yo se las pido como regalo y les ofrezco un ligero descuento en el siguiente espectáculo.

No digo mi edad real. Nunca.

Me apaño un par de años adicionales para disimular, para pasar desapercibido, para ser más llamativo porque luzco más joven.

Y ese es un halago recurrente tras cada nueva invitación, tras cada nuevo hallazgo, porque no es una cosa unidireccional, yo también busco, por aquí o por allá, a quien quiero que me vea, de quien quiero sacar ganancia o, simplemente, con quien quiero compartir charlas comunes y corrientes, como la gente normal, aunque yo no sea tan normal después

de todo.

Porque todos tenemos secretos.

Hasta los que intentamos arrancarnos la vida una vez logramos llevar a cabo un ejercicio de desdoble y llevar vidas paralelas como un intento funesto por dejar la depresión de lado, pero no se va, porque está prensada a ese yo del que no me puedo deshacer sin desaparecer yo mismo también.

Cada ganancia tiene, tras bastidores, un costo muy alto. Un atisbo lúdico del karma que hace de las suyas por doquier.

Y muchos caen en las redes del misterio mientras otros, vestidos de él, se aprovechan en develarlos mientras llevan un disfraz sobre la piel, así como yo, siendo como otra cosa, como otro alguien, pero siendo el mismo a la vez y el otro no lo sabe en el instante, no lo sabe nunca.

Lo sé yo, y lo sé muy bien.

Lo conozco, lo reconozco.

Lo analizo y lo pongo en sobre aviso cuando, en declive, saca las garras que sus intenciones ocultan a simple vista (porque se les nota de antemano) y yo, sin miedo, sin nada que perder, me ofrezco como recompensa solo si es capaz de cumplir mis pequeñas exigencias.

Todos pasan la prueba.

Todos cumplen un contrato que no existe mientras yo me enriquezco con sus sucios y terribles secretos. Porque en esta vida todo es cruel ganancia y toda ganancia será, en su momento, una pérdida invaluable.



Capítulo 8

VI

«Cobarde»

Debo intentar serle fiel y leal a los principios del tiempo, y lo digo, sobre todo, porque este es un punto en que divagar o irme por las ramas podría arruinarlo todo. Así que les pido, por favor, sean pacientes conmigo. Sean pacientes porque en ningún momento he dicho que este relato es sencillo de contar.

¿En qué estábamos? ¡Ah, sí! Asuntos de víctimas, de victimarios, de mentirosos y de pendejos que se dejan llevar. Pero no me adentraré ahí todavía, no es el momento. Como dije, debemos marcar el paso del tiempo, y haré el máximo esfuerzo porque se lo prometí y no suelo romper mis promesas.

Silvana fue mi punto más alto y mi debilidad más grande también. Solo sabía hablar de ella con mis amigos, mostrarles sus fotos, leerles un par de conversaciones de vez en cuando, y todo para hacerles constar que salía con una muchacha que no conocía en verdad. Era una de esas relaciones a distancia.

En más de una ocasión expresaban, sin frenos, lo deseosos que estaban de ver fotos de otro estilo, desde otro ángulo, con menos ropa. Todo aquello me lo tragué con disgusto, con molestia, y me lo merecía porque así había hecho con cuanta muchacha se me atravesase.

Ellos también lo hicieron. Quizá aún lo hagan. Aún conquistan a las tontas para desvestirlas, obtener fotos, sexo fácil, resguardarse pruebas de ello y compartirlas entre sí.

Yo también fui así de cerdo.

Yo también fui así de imbécil.

Yo también fui así de cretino con una cantidad de muchachas a las que nunca podré volver a ver a los ojos, muchachas que nunca me perdonarán lo que hice y que solo desearán no haberme conocido jamás.

Excepto Silvana. Con ella fui como nunca había sido con nadie: humano. Con ella fui aquel muchacho que mi madre siempre esperó ver surgir en mí algún día y escapar del aborrecible destino que auspiciaban, desde hacía tantas generaciones, todos los hombres de su familia: bastardos descorazonados y con una falta total de juicio.

No quería parecerme a ninguno de ellos.

No quiero parecerme, jamás, a ninguno.

No quiero ser, ni vivo ni muerto, recordado o reconocido por ser tal cual fueron ellos alguna vez: calamidades ambulantes con sangre y músculos, con voz y boca para decir cuanta mierda se les cruzase por el pensamiento.

Según Silvana tengo el corazón más terriblemente contrariado del mundo. Eso me lo había dicho al reconocer en mí, precisamente, esa batalla interna entre ser y no ser el monstruo que ya era. Pero ella no conocía al monstruo, no sabía lo real que era, lo terrible que yo podía ser.

Se las ingeniaba para hacerme enrojecer usando esa mirada suya, impactante, para luego decirme aquello que me repetiría cada vez que yo le recordaba el asunto: todos somos monstruos ante quienes parecen no querer entender lo que tenemos que soportar de nosotros mismos.

Cada palabra dicha por esa muchacha me dejaba, no solo pasmado, sino más enamorado todavía. Lo que me disgustaba del hecho era que no tenía el valor de decir algo que era en mí evidente, algo que ella ya sabía y que, al parecer, buscaba tocar el tema cada tanto.

¿Con qué propósito? Seguramente le parecía divertido verme enamorado solo. Seguramente yo ni le gustaba de esa manera: solo era, quizá, un incauto más entre un montón de otros, tal vez más ignorantes que yo, que caían rendidos ante tan tierno súcubo.

Perdí el sueño por una semana tras verme pensando mal de la muchacha de la que me había enamorado. Y la insultaba de vez en cuando, maldiciendo el papel de tarado que me había estado haciendo pasar día tras día mientras yo, de cobarde, no le había pedido siquiera una cita ni nada por el estilo.

No me había atrevido a mandar a la mierda el ciberespacio y así traer a Silvana a mi realidad más próxima. Eliminar el factor duda y constatar que se trata de un posible, de una oportunidad como cualquier otra y no una burla insana, un juego de apariencias, un chiste malintencionado.

Ella había hecho de las suyas, una vez más, cuando un día, tan repentina como solía ser ella cuando se le ocurrían ciertas cosas, me dejó por chat su número móvil acompañado de breve mensaje que decía solo para mensajes.

Era como si me leyese la mente porque ese día, precisamente, yo me había estado quejando con unos amigos (otros amigos) respecto a ello y a la distancia, también a que todavía me era del todo desconocida. Pedirle su número móvil fue, en cuestión, una de las opciones que más se mencionó.

Había sido un cobarde por mucho tiempo y ya era hora de hacer algo, algo de verdad. Entonces apareció ese número y mi valentía se fue directo al carajo porque ahora el asunto no era pedírselo, sino escribirle directamente y seguir, una vez más sus reglas.

No lo hice.

Preferí jugármelas a contracorriente, guardar su número en mi agenda y marcarle muy a pesar de que podía perderla ahí mismo. Me valió mierda todo con tal de constatar que la cosa podía ser algo más, con tal de acercarla a la realidad misma y sacarla de esa pantalla, darle voz a las palabras que suele compartirme solo por escrito a través de un servicio en línea.

No contestó.

No volví a marcarle.

Entonces me jodió la conciencia, porque no dejó de recordarme la estupidez que había hecho. Se me escapó, así, un breve texto de disculpa mientras ella me miraba a través de la cámara.

Tomó su móvil y lo leyó mientras me devolvía una mirada en la que pude degustar la decepción. Mi móvil empezó a sonar entonces y yo, con el corazón acelerado, no pude evitar no parecer un cobarde.



Capítulo 9

VII

«Manipulación»

Las casualidades suelen ser, a veces, tan precisas y pretenciosas que dan miedo. Y son, precisamente, las casualidades las que suelen darnos una que otra lección de vida, sobre todo cuando se hacen presentes nacidas de nuestras propias y obstinadas intenciones.

¿A dónde quiero yo llegar con esto? La respuesta debería ser, a estas alturas, más que evidente.

Muy a pesar de que esta historia, mi historia, apenas va comenzando a mostrarse, hay detalles entrecruzados que se adelantarán a ciertos sucesos, sobretodo porque el individuo que les dará el resto de las respuestas tiene la mala costumbre de no seguir las reglas del tiempo.

Retomando el asunto de las redes, de los anónimos y depravados, mi grupo favorito está, por supuesto, fuera de la categoría antes mencionada.

Como dije una vez, si es que recuerdan, a veces era yo quien escogía al siguiente. Y, obviamente, mis favoritos fueron muy tediosa y estrictamente seleccionados de entre un sin fin de candidatos. Así fue como Silvestre Gonzáles Alcalá se robó por completo mi atención.

Lindo, demasiado lindo. Loco, demasiado loco. Sus actividades en las redes iban desde gifs y videos, hasta viñetas representativas y memes grotescos de situaciones a la par de nuestra edad. La juventud de nuestros días, a fin de cuentas, suele ser excesivamente tétrica cuando se esfuerzan mínimamente en ello.

Silvestre pasó mis pruebas y yo estaba demasiado interesado en él como para esforzarme en probarlo con el mismo rigor con el que expedía al

resto de los candidatos de mi lista. Tanto así que me olvidé de ellos y solo me enfoqué en tan precioso muchacho.

Reubiquemos los tiempos para que no pierdan la noción de este. Todo esto ocurrió antes de iniciar las clases, durante el período de vacaciones, período en el que mis sesiones con Kevin cambiaban de una vez a la semana a dos.

Entonces entró Silvestre a escena mientras yo, día con día, le dejaba comentarios en algunas de sus publicaciones diarias, a modo de atraer su atención. Y, obviamente, no sería propiamente yo mismo quien lo atrapase, sino mi *otro-yo*, ese que ya tiene una popularidad renombrada y una audiencia terrible.

Quisiera decir que fue difícil, pero su corazón se abrió de par en par, como una flor, como un libro al viento. Y fue poco el tiempo dedicado a los encantos, a la cháchara romántica, al palabrerío amoroso, porque el muchacho ya se estaba enamorando sin necesidad de tales cosas.

Yo sabía cómo hacer las cosas sin siquiera hacerlas del todo. A excepción de aquellos momentos en que las hormonas me ganaban la partida y le subía un poco el tono a las conversaciones, jugándome una vida que no tenía a riesgo de que el muchacho pidiera cosas que todos piden, tarde o temprano, y así descubrir el teatro que había estado personificando tras la pantalla.

Esa es la parte verdaderamente difícil cuando se trata de muchachos de mi misma edad: a ninguno le interesa la verdad, oculta a simple vista, que aquel *otro-yo* disimula a través de la cámara cuando lleva el maquillaje sobre el rostro, las lentillas en los ojos y las diminutas prendas de niña buena.

Pocos fueron, en realidad, los que soportaron la idea, los que soportaron la imagen, los que pidieron una segunda parte. Esos pocos esos siguieron entre mis favoritos por mucho tiempo más hasta que desaparecí por completo.

Todo esto ocurrió, obviamente, antes del incidente en la escuela. Antes de ser el tarado que lo pensaría demasiado para ejercer su propia partida después de haberlo planeado todo con una antelación inimaginable. Porque mi intento de suicidio no fue, como sé que se dijo mil veces, un accidente súbito. Idiotas.

Aquí es cuando preguntan respecto a las casualidades que mencioné en un principio. Porque, por muy hija de puta que sea la suerte, la casualidad se lleva la corona al ser la madre de todas las putas.

Nuevo año escolar, nueva escuela, nuevo suplicio para mí. Es lo que uno gana cuando es un monstruo ante los ojos de otros: un suplicio. Y pasar de un suplicio a otro es, en cuestión, cosa de casualidades perras porque, ni bien puse un pie en ese maldito lugar, lo primero que tuve que reconocer en medio de una multitud –que me interesa una mierda– fue, precisamente, el rostro de Silvestre.

Aquí es cuando la casualidad se pone sus guantes de mago y lleva a cabo su acto de manipulación, porque me convertiría, sin duda alguna, en un títere errático que volvería la mirada hasta el sujeto que, en medio del enorme pasillo, levantaba a otro muchacho por el cuello y le gritaba como a un animal.

Descubrí entonces que, tal vez, en aquella escuela yo no sería el único monstruo: Silvestre ya estaba ahí.



Capítulo 10

VIII

«Adiós»

¿La conocí en persona? Ella a mí sí. Yo, en realidad, no llegué a conocerla como se conoce a cualquiera. Hasta eso, entre nosotros, fue distinto, reservado e inusual.

Su rostro, para mis ojos, solo era real tras la pantalla porque solo por ahí podía verla, reconocerla. Mi rostro, en cambio, era blanco de sus miradas desde un anonimato de agente secreto, porque nuestras citas fueron como sacadas de películas de acción.

Nos citábamos, al menos, una vez a la semana para “vernós” en el centro comercial más grande, más poblado y, por supuesto, más cercano. Teníamos todas las opciones cubiertas al dirigirnos al Central, que es, en cuestión, el foco de atención de todo mundo.

En fin, ahí nos encontrábamos, aunque nunca nos topamos el uno con el otro. Ella siempre sabía dónde estaba porque yo la guiaba a encontrarme mientras yo, por otro lado, no tenía ni idea de dónde se encontraba, cómo iba vestida, si estaba o no acompañada.

Todo ocurría vía celular. Nos escribíamos y esa era la cita. Ya lo sé, ya lo sé, no tienen que mirarme como a un retrasado: fui demasiado crédulo, demasiado estúpido, demasiado de todo cuanto puedan estar pensando de mí justo ahora, pero yo estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario para conocerla.

¿Y si todo era una farsa? Lo pensé muchas veces y mis otros amigos habían considerado esa una posibilidad demasiado tangible.

No les hice demasiado caso.

No iba a hacerle caso alguno a nada ni a nadie hasta comprobarlo con mis propios ojos, sujetar la verdad entre mis manos y constatar que cada cosa es lo que debe ser.

Pero Silvana tenía sus propios planes también. Si los míos eran unos, los de ella eran, a lo sumo, una contraposición a los míos: un cóctel ilusorio del que bebería sin dar vuelta atrás las decisiones que tomaría, a mediano y largo plazo, mientras yo me enamoraba más y más de ella, fuese quien fuese.

Estaba perdiendo el control por completo. Y todo esto ocurrió en dos temporadas por separado: la primera, durante las vacaciones, cuando la conocí por internet; la segunda fue durante las clases, tiempo después de haber dejado de ser maltratada por su bestial padrastro.

Los tiempos concordaban, a veces, con demasiada sincronía, como si una especie de conmoción cósmica me apremiase mis cambios en la escuela, y mi buen comportamiento se volviese, entonces, en la sacra respuesta para acortar distancias entre Silvana y yo, a la vez que me deshacía de una puta vez del monstruo que había sido siempre.

El muchacho raro me parecía más raro cada vez, sobre todo cuando, a veces, lo sorprendía mirándome a la distancia. Siempre imaginé que se trataba de un triste y patético resentimiento en mi contra conservado por él, al igual que por muchos otros, luego de mis golpizas.

Descubriría, gracias a ello, mis errores con el tiempo. Y eso es ya decir demasiado hacia adelante, así que volvamos al momento correcto.

Las cosas con Silvana iban demasiado bien. Eran demasiado perfectas muy a pesar de lo extraña que era toda la situación. Todavía no le había dicho nada respecto a eso, cosa que me tragaría de un día para otro cuando ella, sin más, empezó a tener actitudes erráticas respecto a todo.

Todo surgió de la nada a mediados del mes de diciembre. Ella se desaparecía por días enteros y no contestaba ningún mensaje nunca. En las redes se había vuelto un fantasma y su móvil no reaccionaba. Parecía haber sido desactivado o algo por el estilo, no lo sé.

Se despidió de mí una tarde, casi a finales de enero, sin siquiera encender la cámara. Era la primera vez que daba señales de vida desde aquel entonces. Era la primera vez que me cuestionaba profundamente respecto a la vida, a los problemas, a la gente.

Cuestionaba también muchas cosas sobre ella, sobre mí, sobre las casualidades que nos habían arrinconado a ambos lados de una línea

imaginaria que partía de cero, que comenzaba a alcanzar límites estratosféricos inimaginables y que, palabra a palabra, mientras cantaba su singular adiós, me hacía sentir menos que nada.

Entonces ocurrió lo que ocurrió. Fue durante la primera semana de febrero, en el transcurso de un jueves cualquiera, mientras yo todavía me preguntaba sobre Silvana, porque no lograba arrancarla de mi cabeza.

En los pasillos, no sé qué hora era, había demasiado revuelo, demasiado alboroto y yo no me había dado cuenta todavía del porqué. Tampoco le presté demasiada atención en un principio y todo a causa de Silvana, todo a causa de un amor cobarde.

No sé qué o quién me hizo reaccionar en aquel momento, precisamente, cuando sacaban a la carrera un pequeño y afeminado cuerpo bañado en sangre. Todos murmuraban. Todos preguntaban sobre quién podía ser y se miraban las caras unos a otros esperando no fuese uno de los suyos.

Al final no había sido nadie.

Al final, cada quién volvió los ojos a sus asuntos y se olvidaron de aquel pequeño y extraño muchacho sin voz, se olvidaron de aquella extraña mirada fantasmal, de aquel monstruo silencioso.

Por alguna razón, luego de toparme con su imagen ensangrentada, volqué por completo mis pensamientos hacia él. Silvana fue, de momento, un motivo motor: si la pensaba a ella, lo recordaba a él de algún modo no tan indirecto.

¿Qué razones tenía yo para pensar en él? El miedo, quizá, de que la despedida de Silvana, de que aquel adiós fuese, de hecho, el preámbulo a un acto similar.

Yo estaba seguro de una cosa: no tenía la menor idea de nada, la menor idea de nadie, siquiera de mí mismo. Y ahora pensaba también en el fantasma, en el otro monstruo.



Capítulo 11

IX

«Intenciones 1»

Si mi suerte fuese, en cuestión, la misma que la de mi *otro yo*, tal vez no habría hecho lo que hice cuando lo hice. Pero las cosas son, o fueron, en lo fortuito, otras muy distintas, y eso incluye a Silvestre.

Directa o indirectamente, la desgracia ya había coronado nuestro encuentro, así que, fuese como fuese, el hecho de toparnos el uno con el otro iba a culminar de la misma manera en la que sucedió: pateándome el culo hasta sangrar.

Mayores fueron las razones para evitarme el ser descubierto, o el de siquiera intentar descubrirme a mí mismo: sería hombre muerto si tal cosa ocurriese. Pero ese no era el mayor o el menor de mis temores: mi temor era, en cuestión, la realidad y todo lo que en ella habita.

¿Por qué detestas la escuela? Me preguntas, Kevin. Y yo respondo: por la gente.

¿Por qué no te gusta el mundo de ahí fuera? Preguntas luego, Kevin, para mantener la costumbre. Y yo respondo, una vez más: por la gente.

¿Por qué insistes en no darle una oportunidad a ese mundo, a esa gente? Disparaste, Kevin, a modo de fusilarme. Pero mis instintos animales y mis reflejos sobrehumanos esquivan la bala y yo, con la mirada de siempre, con la voz de siempre, con el tono de siempre, te digo que ese no es asunto suyo, ni del gremio ni de nadie.

Pero la razón real, Kevin, esa que no te dije, yacía, precisamente, día tras día, compartiendo el mismo aire que respiraba cuando me arrinconaba

solo para decorarme moretones en el cuerpo y en la cara.

La razón real, Kevin, siempre tendrá un lindo rostro y una personalidad venenosa, porque los monstruos saben cómo disfrazarse tras una belleza ingenua mientras, a espaldas del resto, la máscara se agrieta y salen, a la luz, los verdaderos rasgos de su naturaleza despreciable.

Todos los monstruos nos parecemos en ello y Silvestre no era, ni por asomo, una excepción a la regla.

Muy a pesar de ello, y muy a pesar de Kevin, a Silvestre lo consideré algo que iba más allá de la excepción: Silvestre, el mío, era uno; el monstruo era otro que compartía con él, por completo, todo su ser, toda su esencia.

Ante todo, debo admitir una cosa, aclarar un panorama que yace, todavía, un tanto borroso: ¿cuáles eran mis intenciones reales? ¿Qué era lo que yo quería, en realidad, de aquel muchacho llamado Silvestre? Todavía hoy me hago las mismas preguntas y estoy del todo complacido con mis respuestas vacías.

Sigo creyendo, muy frívolamente, que mis intenciones eran, a lo sumo, un duplicado de las que solía llevar a cabo con el resto de mis ilusos fanáticos: quería humillarlo.

Quería, en mayor o menor medida, ser un punto de referencia para sus deseos carnales, para sus ilusiones vacías, para sus inmaduras fantasías. Quería obtener de él la misma respuesta que esperan de mí cuando buscan, evidentemente, aquello que yace debajo de las ropas que desfilo.

Quería alimentar mis propios deseos a partir de una malintencionada acción, acción que había venido ejerciendo desde hacía un buen rato con resultados, en mayor medida, positivos y muy bien remunerados.

¿De verdad quería tal cosa de Silvestre?

¿De verdad me planté ante la repetida idea de desnudarlo del otro lado de la pantalla para luego, al final, hacer lo mismo y lanzarle la peor de todas las verdades que mi *otro yo* oculta a simple vista, ante los ojos del mundo?

¿Acaso esa fue la razón, única razón, por la que Silvestre se salvó de mi riguroso sistema de selección?

Insisto en decir que me había estado mintiendo y, durante el largo tiempo en que mantuve palabras compartidas con aquel muchacho, las cosas

habían comenzado a tomar un rumbo extraño y no planificado.

Todo fue antes de las clases.

Todo fue, también, durante ellas.

Todo fue, en un principio, una farsa que, en sí misma, también era farsa porque, sin remedio, mis propias intenciones no fueron nunca las que había estado pensando o creyendo.

Mientras tanto, en el mundo real, Silvestre me golpeaba, una y otra vez, desangrándome la vida cada tanto como buscando en mí una reacción, para él, placentera.

Pero no puedes esperar lágrimas de quien desea la muerte. No puedes esperar, nunca, una muestra de dolor de un ser para el que respirar es, en resumen, un acto de eterno y vacío sufrimiento.

Un puñetazo en la cara, un ojo morado, dos costillas rotas y un diente astillado. Nada de eso, nunca, podría hacer brotar lágrimas de mis ojos. Ningún acto de física brutalidad representaba, en efecto, una especie de castigo o calamidad: solo era tiempo perdido y heridas sin razón que tenía que explicarle, luego, a mi madre.

La delgada línea que existía entre *mi otro yo* y yo mismo había empezado a acortarse cuando, sin remedio, tenía que presentarse ante Silvestre con los mismos moretones que yo. Esa fue una prueba fácil de superar.

Inventarme una historia no fue tan complicado, a fin de cuentas "*la doncella en apuros*" siempre atrae buen público. Silvestre, arrastrado por unas emociones cada vez menos disfrazadas, se mostró en desespero preocupado.

Fueron esas reacciones tuyas las que me hicieron perder el norte en más de una ocasión, sobre todo, por la autenticidad de su ímpetu. Y fue su mismo ímpetu el que, al final, lo terminó arrinconando.

Yo no quedaba a salvo de ello tampoco: a mí me arrinconaba hacia la otra dirección, con una ferocidad igual o mayor a la que le mordisqueaba a él en el cuello. Simplemente no fui capaz de resistirlo, no fui capaz de resistirme, no fui capaz de hacer lo que debía hacer para humillarlo, para humillarme.



Capítulo 12

X

«Vacló»

Puede parecer estúpido que diga algo como esto, pero, nunca había tenido el tiempo suficiente para cerciorarme del estado de mi puta suerte. Y digo puta, no porque haya sido del todo mala, sino todo lo contrario.

¿Me creerían si les dijera que las cosas, por muy bastardo que yo fuese, nunca habían estado en lo absoluto mal? Sí, tampoco yo me creería ni una sola palabra, ni se la creería a ningún otro, a menos que hubiese algún modo de demostrar tal cosa.

La pregunta sería, entonces: ¿por dónde debería comenzar? Y cualquier ingenuo respondería, obviamente, *'por el principio'*. Pero esto es un inciso, un interludio, una pausa, así que, evidentemente, no sería tal cual un inicio, aunque se trate de un inicio en sí mismo.

Pero no redundemos en detalles y pormenores filosóficos: vamos directo al asunto que nos compete para así esclarecernos un panorama, un tanto, contradictorio.

Suerte: ¿buena o mala? Tal parece que de contradicciones es de lo que se vive en la eternidad porque, para bien o para mal, la mala fortuna no había sido una compañera de viajes muy esclarecida que digamos.

Podría pensarse que el monstruo que fui por tanto tiempo había sido bendecido con una suerte tan inescrupulosa como él mismo. Podría pensarse también, si queda tiempo, que las cosas que uno consideraría buena suerte no son del todo tal cosa, sino un anuncio previo al acabose, una alerta indirecta.

¿Quién podría siquiera notar semejante diferencia si el hombre, desde que es hombre, ha permanecido ciego ante el mundo, ante la verdad y ante

sus propias decisiones?

Nadie, sin importar de quién se trate, podría notar fallas en la lógica de su propia suerte. Pongamos, por ejemplo, a un sujeto que ha matado a otro. El móvil de la fechoría ha sido la codicia, la traición. El hombre se enriquece vilmente y la providencia, con el pasar del tiempo, parece no cobrarle nunca su pecado, pero si lo vuelve más y más rico.

¿Cuál sería su preocupación entonces, si, al parecer, se le ha premiado su maldad con un botín que se acrecienta sin pausa?

Si yo no hubiese sido el monstruo que fui siempre, quizá hoy no plantearía la pregunta, ni menos la respuesta que he experimentado al volver mis ojos hacia el pasado y todo gracias a él, todo gracias a lo sucedido.

Porque me bañé con la sangre de muchos solo para reflejar en ellos esa estampa de dolor que yacía en mis adentros desde que tengo memoria. Esa era, esclarecida y conceptual, la premisa de mi motivación monstruosa, aunque yo no era, de verdad, un monstruo.

Pero no había quien lo entendiera, no había quién me lo dijera. No había, tampoco, un par de oídos, de ojos o una boca que se atrevieran a disipar de mí la duda razonable para, luego, requisar mis lamentaciones, una por una, y desligarme así del monstruo.

Todo era maravillas mientras pisoteaba a unos y a otros. Todo era perfecto mientras me llevaba, sin problema, muchachas a la cama para, luego, mandarlas a todas al carajo porque ninguna me interesaba después de eso. Todo era el epítome de la magnificencia mientras sentía cómo un vacío sin sentido me desgarraba desde dentro.

Nada de lo que hacía tenía una meta, un propósito, un fin. Solo eran intentos despreciables por socavar un sentimiento de borrador que, creía, me desaparecía, partícula a partícula, desde una profundidad que, en mí, hallaba insoportable.

Me hallaba insoportable y esa era, en cuestión, la manera en la que me veía ante el espejo. Era la manera en la que sentía y presentía mi propio nombre cuando me llamaban en voz alta o cuando mi madre, con su quebrada voz, intentaba condicionar mi siempre inestable presencia.

Me encontraba vacío.

Me conocía vacío.

Me interpretaba, también, vacío.

Y fue ella quien volcó un tanto la situación, porque a veces lograba decir algo que se aproximaba a lo que buscaba, a lo que necesitaba, a lo que, sin saberlo, deseaba con desespero, con un afán casi irracional. Pero no fue ella quien alcanzó aquello.

No, no fue mamá quien logró apretar los botones correctos y ensamblar, con ello, las sensaciones también correctas. No fue ella, fue alguien más, alguien que, después de un momento de crisis, después de una desaparición inexplicable, me haría entender que no era, en lo absoluto, real.

Ese alguien no existía en realidad.



Capítulo 13

XI

«Intenciones 2»

El punto de quiebre fue mi propia desilusión. Mi desilusión fue, sin duda, el haberme acercado a alguien con una idea en mente y con otra muy distinta en el corazón, aunque no me había dado cuenta de tal cosa por muy obvia que fuese, a decir verdad.

Mi punto de quiebre fue, en cuestión, aquel matiz de auto-bifurcación con el que me caracterizaba tras la pantalla ni bien atravesaba la puerta de mi habitación después de las largas jornadas de clases.

Una vez más me había cansado de mí mismo. Una vez más estaba harto de no existir en serio, fuese dentro o fuera de esta habitación, porque ni en mi propia casa parecía llevar una vida propia más allá de las mentiras propuestas por mis siempre desagradables ideas y maquinaciones.

¿Y todo aquello por qué?

Digamos que por dinero.

Digamos, también, que por un insensible desdén de auto-mortificación.

Digamos, inclusive, que se trató de un impaciente impulso por la auto-humillación, un castigo por mano propia mientras, llevado a ciegas por la locura de unas hormonas descontroladas, fui derrocado por un morbo aún más enfermizo que mis propias ideas.

El dinero fue una cosa, la mortificación fue otra. La humillación fue la razón, las hormonas fueron la humillación verdadera. Todo ocurrió al unísono, sin siquiera tiempos de espera o preámbulos introductorios: nada

de eso.

Nos fuimos de bruces, yo y mi *otro yo*, hacia el caos y en el caos nos topamos con Silvestre. Y del caos quisimos salir, pero nos había devorado demasiado deprisa: era imposible zafarse de toda aquella oscura malevolencia, de toda aquella densa y temible doble vida.

¿Qué había hecho?

¿Qué iba a hacer entonces?

¿Qué opciones tenía para escapar?

Nada. No había nada, más allá de mis equivocaciones, que un ruin y tortuoso enfrentamiento contra el espejo, porque sabía que yo y solo yo podía acabar con aquello que he llamado *todo*.

Me despedí casi a la carrera.

Me olvidé de mí mismo, enceguecido por una voluntad deforme y sin rostro mientras, con el pasar de los días, me fui perdiendo más y más entre silencios ensordecedores y sueños, en extremo, prolongados.

Aquel *otro yo* había desaparecido de las redes mientras yo mismo me daba a la tarea de ocultar todo rastro de ambos, dentro y fuera de la misma. Ni Silvestre ni ningún otro volverían a saber de mí o de mi *otro yo*.

.

Habíamos muerto.

Bueno, todavía no, en realidad.

Me tardé bastante en dejarlo todo listo para apresurar, así, mi propia cura. Iba a sanearme de una vez por todas y para siempre: no más dolor, no más pesar. No más pensar y repensar en cosas sin sentido, ni mucho menos el ahogarme en resentimientos involuntarios.

Ya no habría nada, no habría nadie.

Ya no habrían horas, ni faltantes ni sobrantes, solo luz, paz y silencio.

Un silencio distinto.

Un silencio cristalino.

Un silencio mío y nada más que mío. Conmigo, siempre conmigo. A solas,

siempre a solas, pero conmigo, tal y como jamás he alcanzado estar.

Fue entonces cuando me suicidé en el baño del primer piso del instituto a mitad de un día de clases común y corriente.

Me tomó demasiado tiempo hacerlo. Me tomó demasiada valentía hacerlo. Me tomó demasiado el calmar mis miedos por la otra vida, porque no estaba seguro de si aquello funcionaría en realidad, si aquella era o no una respuesta, del todo, clara.

No lo sabía.

Nadie lo sabe.

Nadie lo sabrá nunca.

Se supone que debí haber muerto, pero no fue así. Me tomó demasiado tiempo hacerlo y me maldije mil veces por ello, así que la culpa fue mía y solo mía. No tengo remedio.

Soy bueno en nada, absolutamente en nada. Soy bueno, apenas, siendo yo mismo, es decir, no existiendo. Pero, muy a pesar de que ello, se rehúsan en dejarme ir y no existir enserio.

Terminé revolcándome, una y otra vez, entre pensamientos repetitivos y palabras que no podía decir en voz alta, nunca. Terminé atragantándome con verdades, propias y ajenas, mientras mi corazón buscaba la manera de detenerse por cuenta propia. No ocurrió nada al final.

No sé cuánto me tomó exactamente, pero no fue demasiado tiempo que duré atado a mi cama. Me dispuse a volver a la realidad lo antes posible, con o sin marcas sobre mis muñecas. No me importaba.

Y así como yo volvía, aquel *otro yo* volvió conmigo, con un plan entre manos para deshacer ciertas cosas y cerrar ciertos ciclos entre nosotros. Cada uno tenía sus intenciones, y cada intención era, en sí misma irrevocable. Eso incluía a Silvestre. Pero su participación no fue la que habíamos previsto en un principio.

Nunca habíamos pensado en ilusionarnos con él, así como tampoco habíamos pensado siquiera en vislumbrar, por su parte, una actuación como aquella que, debo admitirlo, me aturdió todos y cada uno de los sentidos.

Ahí también debí haber muerto.

Ese día, esa hora, en ese instante, maldito instante, debí haber muerto también. Pero el resultado fue, sin duda, un asunto de piedades y

milagros no merecidos. Quizá fue, en todo caso, un asunto de intenciones dobles entre individuos, también, dobles.

Jamás podría haberme equivocado tanto.



Capítulo 14

XII

«Rostro»

Nuestra vida gira siempre en torno a la simpleza de las cosas. Cuando estas dejan de ser tan simples es cuando, en cuestión de humanidad, nuestra naturaleza hace de las suyas y nos arrastra como nos arrastraría la marea alta.

Y nuestro día a día girará en torno a eso, precisamente, hasta que el ciclo del suceso llegue a un desenlace, sea o no breve, sea o no definitivo, para luego volver a tierras elevadas, volver a pisar una vez más la tan mística simplicidad y, así, recobrar la normalidad ante el suspenso.

Porque todo cuanto vemos y conocemos es simple: nuestra vida es "simple" porque así pensamos que podemos lidiar con ella, porque así creemos que podemos escapar de la calamidad, de la pesadumbre y del caos. Pero en la simpleza también existe el caos.

Si algo tan recto como el orden existe dentro del caos ¿qué le hace pensar al hombre que, dentro de toda simpleza, por muy ordenada que sea, no puede haber al menos un atisbo de caos? La respuesta es tan redundantemente simple: naturaleza humana.

Yo pequé de simplista el día en que, de la nada, me topé, en mi casillero, con una nota escrita a mano. La letra no la conocía de ninguna parte, y tampoco era como si fuese a reconocer letra alguna porque nadie solía escribirme notas, ni mucho menos cartas.

A estas fechas y yo todavía me arrepiento de haberme desecho de aquella nota. En aquel momento no pensé, no creí, en realidad, posible que aquel pequeño pedazo de papel fuese a tener valor alguno y hoy, justo hoy,

pago el precio de mi simple ignorancia.

Llevaba su firma, la de ella. Al final de un muy breve mensaje, de una muy breve petición, yacía estampado su nombre con una delicada y muy artística letra cursiva.

Silvana había hecho un acto de aparición súbito tras las paredes de un recinto que conocía de pies a cabeza y la cosa era, por demás, muy contraria a "simple". Porque no me era posible decir que yo no conocía cada rostro de aquel lugar, porque los conocía a todos: de nombre y apellido, de edad, año y sección.

Alguien como Silvana no podía, bajo ninguna circunstancia, pasar desapercibida en medio de aquel gentío aprisionado tras los muros de un sistema que, según muchos, no sirve para un carajo.

Al reverso del pequeño papel, también bajo la misma caligrafía, una dirección esperaba ser descubierta.

Mi corazón se volcó.

Mi mente se hizo pedazos.

Había pensado en tantas cosas, en tantas oportunidades, en tantas posibilidades que se habían ido a la mierda cuando ella se despidió que, en cierto modo, yo había empezado a olvidarla mientras me olvidaba, también, del muchacho raro.

Y como la vida es, siempre, tan simple, ella reaparece, como si nada, por medio de una nota y él, el raro, el otro monstruo, se pasea una vez más por los pasillos con el mismo silencio entre los labios, con la misma imperturbable mirada, con la misma sensación que él y solo él sabe generar cuando lo miras demasiado.

Nuestra vida gira en torno a la simpleza de las cosas, porque así mismo ella nos lo ha hecho entender. Sea por las buenas, sea por las malas, la vida es simple y no podemos negárselo. No podemos negar que la muy hija de puta es simple porque es simple para ella cagarse sobre nosotros sin recibir, nunca, un castigo por ello.

Y somos nosotros, al final, los que padecemos del suceso de estar y no estar dirigidos por un parsimónico y contradictorio concepto de simpleza.

En mi caso, lo simple estaba, en realidad, en pesar que, finalmente, volvería la mirada hacia ella y conocería la verdad de la verdad misma; conocería, más allá de una pantalla, el rostro que tanto había hecho de mí un agónico y antipático ser más allá del monstruo que ya había estado

siendo.

A su vez, detrás de aquella simpleza, también se perfilaría algo no tan simple: un segundo rostro, uno que había estado habitando mis pensamientos con demasiada regularidad, todo a causa de ella, de Silvana.

Un rostro que había desaparecido y que nadie, en ningún momento, pareció extrañar durante su ausencia, ni menos, pareció reconocerlo cuando, escapando de la muerte, atravesó los pasillos del instituto, como si nada. Así de simple.



Capítulo 15

XIII

«Miradas»

Aquella vez, ni bien me levanté de la cama, opté por hacerle caso a mi propia e insana estupidez. Opté por hacerle caso, también, a mi *otro yo*, a sus ideas, que eran las mías, pero diferentes.

Opté, ciegamente, a dejar de lado la tragedia y volver a encaminarme calle arriba, perderme en el tráfico montado sobre un autobús atiborrado y, finalmente, volver a mostrar mi cara tras las paredes de un instituto que no había notado mi ausencia, que no habían sentido mi incompleta muerte.

Volví a ser aquel inexistente estudiante del cuarto año al que nadie nota, al que nadie importa, del que nadie se preocupa. Volví a ser aquel yo previo muy a pesar del forzado renacimiento. *Fase 1.*

Me abrí paso, luego, entre la ciega multitud y me perdí de vista ante las miradas que saben, de antemano, no estoy ahí. Me postré ante el casillero de Silvestre y dejé que mi *otro yo* habitase, momentáneamente, mis lamentos en el mundo real. *Fase 2.*

Le dejamos una nota.

Le dejamos una idea.

Le dejamos una dirección: mi dirección.

Le dejamos impresa, sobre una pieza de papel, la máxima de todas las estupideces que podríamos, yo y mi *otro yo*, llevar a cabo juntos y sin remedio. Porque estaba más que claro para ambos, sobre todo para mí,

que esa era la única respuesta posible.

¿Qué era lo que quería responder?

¿Cuál era, en concreto, la pregunta que esperaba aclarar, la que intentaba aclarar?

¿Dónde habitaba, entonces, esa pregunta?

¿En qué parte de mí se encontraba el motivo de preguntarme aquel algo que, en principio, se supone, no debería estar en donde estaba?

Algo había cambiado durante el camino. Algo había surgido de entre unas sombras que ya había previsto pero que, un tanto iluso, pensé haber dejado atrás después de morir. Pero fallé en la muerte, así como fallé, también, al creerme libre de segundas intenciones.

Estaba claro en una cosa: Silvestre me gustaba y demasiado. Estaba claro, también, en que las intenciones, mis intenciones, habían cambiado de parecer sin mi consentimiento, habían cambiado de parecer sin siquiera hacerse notar.

Silvestre me gustaba, de verdad que me gustaba, pero no sabía si era un asunto del todo mío o si tenía algo que ver con las fantasías creadas por aquel *otro yo*, ilusivo, falso e inexistente *yo*.

Mis intenciones estaban más que claras, y creo haberlas expuesto ya en una grabación anterior. Pero son tantas las cosas que sucedieron en aquel entonces que, siendo franco, me cuesta hacerme entender a mí mismo también el verdadero orden de ciertas cosas y todo a causa de los detalles, todo a causa de otros detalles.

Quería humillarlo. Silvestre sería otro de los no sé cuántos que se llevarían un mal rato al comprender que, en sus fantasías, habían estado liándose con otro hombre y no con la muchacha que habían creído que era.

Quería humillarme. Silvestre sería otro más del montón que apreciaría, con lujo de detalles y sin censura, todo aquel mal que se oculta debajo de aquellas ropas que me enmascaran como mi *otro yo*.

Se llevaría la sorpresa, desagradable sorpresa, de toparse con algo que, en dulces palabras, hacen que un chico sea, precisamente, un chico.

¿Cuál es el propósito de tu desenfreno auto-destructivo? Esa sería, sin duda alguna, la pregunta que me haría Kevin respecto a ello. Y es, también, la pregunta que suelo hacerme a mí mismo esperando que, por lo menos, mi *otro yo* sea capaz de darle forma a su propia y falsa

existencia.

Pero no hay respuesta.

No hay, con ello, razón ni nada, solo palabras al aire y una extraña sensación en la que siento soy mi propio enemigo. Yo y solo yo, excluyendo a aquel otro yo, porque no está, él nunca está. Así como yo no estoy, nunca, en ninguna parte, aunque me encuentre despierto, vestido y de pie en medio de la multitud.

Soy un monstruo, tal cual Silvestre.

Soy una criatura mítica que desaparece ante las miradas porque nadie me conoce real, porque a nadie le intereso real, porque nadie me cree real y mucho menos imaginario.

Pero, tristemente, el imaginario existe. Tristemente, el imaginario tomó la última palabra tras dejar la nota en aquel casillero a la espera de conseguir la respuesta que, sabemos, obtendremos sin remedio alguno: confrontación.

Real e imaginaria, cruel y violenta, así la vislumbré, así la vislumbramos y así, justo así, fue como no ocurrió.



Capítulo 16

XIV

«Puñetazo»

Le seguí la pista. ¿Qué otra cosa podía hacer? No había forma ni manera posible de decirlo en voz alta, de gritarlo, de reclamárselo a Dios o al universo, al karma o al destino: simplemente sucedió y yo le seguí el juego porque era lo que quería.

Y digo lo que digo sin reproches: era lo que quería, como lo quería, solo que sucedió cuando le dio la gana. Pero sucedió y eso fue lo que me interesó de buenas a primeras. Sucedió y yo obtendría la respuesta a aquella pregunta que tanto me había estado cruzando las líneas del pensamiento.

Obtendría, finalmente, la tranquila y racional respuesta que me daría el ver su cándido rostro todavía entre nosotros, entre los mortales. Vería su pecho ensancharse tras el acto de respirar y yo me sentiría, entonces, tranquilo, tan tranquilo como jamás en mi vida hubiese podido sentirme.

Ella era la respuesta clara, la respuesta absoluta, la respuesta sublime. Ella lo era todo aun cuando no había nada que la conectase en serio con mi existencia. Yo solo era una circunstancia ajena y fugaz, un juego, un divertimento momentáneo, un chiste.

Estaba al tanto de ello y, aun así, preferí arrastrarme tras su imagen, tras su nombre y sus palabras, siempre escritas. Preferí dejarme llevar por el engaño que ella había representado por tanto tiempo, un engaño que era, en cuestión, evidente pero que era, para tal o cual situación, para nada engañoso, demasiado real.

¿Quién tenía la culpa y de qué?

¿Acaso existía una culpa en realidad?

¿Había manera alguna de sobrevivir al amor y así contrariarlo sin salir lastimado durante el proceso?

Si todo aquello tenía o no respuesta, poco importó en aquel entonces. Además, cuando yaces de pie ante una puerta desconocida, aun cuando existe una invitación de por medio, las preguntas que se suceden, en cuestión, son otras, menos intensas y mucho más tontas.

La realidad sabe cómo, cuándo y dónde dibujarnos el perfecto puñetazo. Su entrada y salida del escenario carece, por completo, de líneas, de marcas, de cruces, de colores: solo vemos la resolución final que su presentación enmarca cuando entra y cuando sale, porque su efecto, su acción, es de entrada y salida.

Para ella, el simple acto de mostrar la cara trae consigo una serie de consecuencias para, luego, al darnos la espalda, generar otras consecuencias muy distintas, igual de jodidas, igual malditas, tal cual la realidad misma porque esa es su tarjeta de presentación.

La realidad, en mi caso, había mostrado la cara en el momento mismo en que, inesperadamente, me topé con aquella nota en mi casillero. Y permaneció allí, de pie sobre el escenario, dictando una clase que me sumiría, luego, en un estado de total y absurda desconfianza.

¿En quién había empezado a desconfiar? Pues en mí y todo a causa de aquella firma, de aquel nombre, de aquella tan hermosa caligrafía que dibujaba un SILVANA al final del papel. Después de eso, la nota dejó de ser nota y se volvió puerta.

El efecto era el mismo: era la realidad, todavía, sobre el escenario haciendo de las suyas mientras yo la veía hacer y deshacer en mis narices, aun cuando era yo quien se movía, quien iba y venía, quien había hecho mil preparativos para llegar a ese punto, tan crítico, en el que la pregunta era una sola: ¿debería llamar a la puerta?

Y la pregunta fue solo eso. No logré siquiera responderla, así como tampoco logré contrariarla: la puerta, simplemente, se abrió ante mis ojos como si esperase, precisamente, mi llegada.

¿Qué sucedió después? Deberían, señores, guardar un poco sus ansias. Cada pregunta será respondida a medida que avancen mis palabras. No me pidan detalles o avances que no podré darles mientras hago el intento de cumplir con una promesa previa. Ustedes entienden, o al menos creo que lo entienden.

Y no, no fue ella quien abrió la puerta. No fue la figura de Silvana la que se ocultó a medias tras la puerta antes de invitarme a entrar sin usar palabra alguna.

No fue lo que había pensado que sería y tampoco me había, siquiera, imaginado aquello. Fue inesperado. Todo lo que surgió fue inesperado. Todo lo que había tras la actuación de la realidad fue inesperado.

Todo lo que había detrás de aquella puerta era, entre un silencio y otro, una mirada nerviosa y cabizbaja, una mirada que me invitaba a acompañarle y que, todavía no sé el por qué, acepté hacerlo sin decir, tampoco, palabra alguna.

¿Acaso eran familia?

Esa fue, en resumen, la pregunta más importante en medio de otras muchas que surgían mientras, ciegamente, le seguía los pasos al muchacho raro, al siempre anónimo fantasma del instituto.

No había señal alguna de ella y, por un rato, insistí en querer saber dónde se encontraba o si tardaría mucho en volver. Quería tener un motivo mínimo para confiar en aquel silencioso espectro que evitaba devolverme la mirada.

Aquella charada estuvo, en cuestión, demasiado tiempo al aire. Entre tanto, yo estaba a punto de sentir un puñetazo por parte de la realidad: la vida no me había preparado para tal cosa así como, tampoco, me había preparado para lidiar con una verdad tan extraña como incómoda.



Capítulo 17

XV

«Disfraz»

Su rostro, su mirada, su presencia en mi habitación. Todo él me hacía compañía mientras preguntaba, una y otra vez, por Silvana. ¿Y yo? Como una tumba. Permanecí muy quieto, muy callado, mientras me desmoronaba desde dentro.

No había siquiera pensado la manera en la que iba a decir lo que había planeado decir. Así que, señoras y señores, ya podrán siquiera imaginar la cantidad de señales que me disparaba el cerebro en busca de una reacción lógica de mi parte, cosa que no ocurrió jamás.

Silvestre, de a poco, fue perdiendo la falsa calma con la que había llegado en un principio. El monstruo del instituto empezaba a mostrar los dientes a causa de un silencio que, en esta misma habitación, había empezado a sacarlo de quicio.

Yo apenas podía devolverle una que otra mirada. Apenas me atrevía a hacer movimiento alguno, como si el intruso fuese yo y no él, porque esperaba, en serio lo esperaba, se soltasen sus cadenas de una vez por todas y me dejara inconsciente a punta de golpes.

Eso tampoco ocurrió.

Su partida antes de tiempo fue, en todo caso, lo que casi ocurre, lo que casi manda al carajo el único y último intento de decir lo que debía ser dicho cara a cara.

Me maldijo un par de veces antes de abrir la puerta. Me maldijo un par de veces más cuando reaccioné y me abalancé sobre él para hacerle entender que no debía irse, que no podía irse, que quería que se quedara

un poco más, solo un poco más.

En ese instante nació mi voz.

Y de mi voz surgió una súplica.

Y esa súplica hizo a un lado la chaqueta que llevaba puesta para, entonces, develar una de las muchas prendas que Silvestre le conoce a ella y solo a ella –a Silvana–. Desnudar mi mirada con la mayor de todas las vergüenzas y mostrarle los mismos ojos que conoce y reconoce, esos que deberían ser solo de ella.

Eran falsos, como ella.

Inexistentes, como yo.

Eso teníamos en común ella y yo: ninguno de los dos existía, ninguno de los dos era real, a la vez que ambos nos habíamos enamorado, sin quererlo en un principio, del muchacho que nos tomaba del cuello mientras nos miraba con una confusión que, según habíamos imaginado, debía ser rabia y asco en vez de eso.

Ya no había un disfraz para ocultarme. Ya no había diferencias entre mi otro yo y yo mismo porque, ahora, ambos, los dos, yacíamos cara a cara ante Silvestre. Yacíamos cortos de oxígeno mientras me preguntaba si sería o no capaz de matarme ahí mismo, con sus propias manos, porque ya no reaccionaba.

Sé que no lo sabes, no todavía, pero estoy seguro que escucharás esto de todas formas, Silvestre: debiste matarme en ese momento. Debiste apretar mi cuello con más fuerza en vez de, simplemente, hacerme a un lado antes de salir corriendo sin volver la vista atrás.

Esa vez, Silvestre, fue la última: Silvana no volvió nunca más y, con su partida, una gran parte de mí desapareció y no pude recuperarla hasta mucho después, pero ya era tarde, demasiado tarde.

¿Qué ocurrió entonces conmigo?

Tú sabes lo que ocurrió. Yo me callaré esa parte porque no me corresponde hablar de ello. No me corresponde, siquiera, hacerle mención y todo a causa de aquella promesa nuestra, esa que se convirtió en mi más importante razón de ser.



Capítulo 18

XVI

«Algo»

La vi. En sus ojos la vi. Vislumbré la razón de su silencio y entendí una verdad que, en ese momento, no representaba más que un imposible.

La vi. Cuando hizo a un lado su ropa, la vi. Desde que llegué a la casa lo ignoré porque quería hacerlo sin saberme, por completo, ignorante de lo que se evidenciaba tras la siempre huidiza mirada de aquel monstruo silencioso: era ella.

Él era Silvana.

Él me había mentido.

Él me había manejado a su antojo en un juego que, por cuestiones de rabia y asco, consideré enfermizo y cruel, muy a pesar de lo enfermizo y cruel que era yo mismo en aquel entonces.

Karma, quizá, cobrándose las tantas humillaciones que propicié. Y las golpizas, los baños de sangre, las persecuciones, los acosos, los insultos, los gritos. Tenía demasiadas deudas encima y ninguna parecía tener menos valor que la siguiente.

Sí, tenía que ser eso: tenía que ser karma y del malo, del bajo, del sucio, así como lo era yo. Y tenía que cobrárselas todas, ahora o nunca, antes de que me olvidase del rostro y nombre del muchacho que forcé a lamerle el pito a mis amigos, mis malos amigos.

Los niños buenos tenían razón, siempre la tuvieron. Mis otros amigos, con sus buenas intenciones, no se equivocaron al pensar en la probabilidad del engaño, así como no se equivocaron en intentar hacerme comprender que

yo era un idiota.

Pero yo no era un idiota cualquiera, no: yo era la representación máxima de la idiotez humana, el monarca de todos idiotas, el santo patrono de los todos los imbéciles que se dejan llevar por un falso positivo más que evidente.

Él era Silvana, él y todo él: su mirada (falsa obviamente), su claro cabello, su delicado cuello, sus blancos hombros. Y a pesar de todo este extraño incidente, de tan complicado percance, de tan único acercamiento, no logré conocerle la voz.

Lo que hace un poco de ignorancia en el cuerpo: si tan solo me hubiese molestado en corroborar su existencia, quizá, solo quizá, me hubiese percatado de la verdad transcrita detrás del nombre. Quizá, solo quizá, hubiese descubierto la treta y desenmascarado así al farsante.

En tal caso, las cosas que hubiesen sucedido, las que hubiese hecho, habrían de llevar el concepto de humillación a un nivel completamente nuevo, insano e insoportable.

¿Y qué hay de mí? ¿Qué hubiese ocurrido conmigo en ese caso? Pues, habría sido el peor de todos los monstruos. Me habría convertido en una cosa sin nombre ni clasificación. Sería un algo sin forma todavía, un algo incomparable, inalcanzable.

¿Qué ocurrió en verdad? Buena pregunta.

No lo sé.

¡No lo sé!

Por mucho que lo piense, que lo repiense, que lo arme o desarme para armarlo una vez más, no lo sé. No sé qué ocurrió en verdad conmigo, así como tampoco sé qué ocurrió en verdad entre los dos.

Sé que no ocurrió nada, en ningún momento, pero entre un segundo y otro algo se nos escapó, a él y a mí, sobre todo a mí.

No sé cómo. No sé cuándo.

No sé dónde. No sé por qué.

Algo había. Sin duda alguna algo había en medio de aquel espacio que, por pura casualidad, lo llevó de la mano hasta la misma escuela que yo gobernaba, la misma que, tiempo después, él habitaría siempre con la mirada baja, con la boca sellada y su presencia desaparecida ante los ojos

del mundo.

Algo había. Tenía que haber algo. Tenía que ser algo más allá de Silvana, porque ella no existía en serio. Algo, lo que sea, tenía que explicar el porqué de las cosas, el porqué de esas preocupaciones mías que nacieron poco después de enfrentar tan densa realidad.

Además del odio, además del asco, además de la incomodidad y un sentimiento de humillación que se enervaba ni bien me percataba de su existencia, algo había en mí que me engullía con angustia antes de terminar sembrándole puñetazos en la cara a aquel enfermo hijo de puta.

Pero no encontraba nada. No había nada.

No ocurría tampoco nada. Más allá de las extralimitaciones que consumaba con cada nueva golpiza, con cada nueva humillación, no ocurría nada y yo me sentía más y más angustiado, más y más enrevesado sin entender el porqué, ni captar, tampoco, la raíz de dicha angustia.

Golpearlo no me tranquilizaba.

Humillarlo no me tranquilizaba.

Teñirle las ropas de rojo sangre no me saciaba, siquiera, la naciente ansiedad que me atacaba cuando él mostraba la cara: fuese donde fuese, fuese cuando fuese, sangraría y lo haría en serio.

Sangraría como sabe hacerlo: en silencio.

Sufriría como sabe hacerlo: en silencio.

Me miraría a los ojos luego para hacer lo único que sabe hacer, porque respira: estarse en silencio, siempre en silencio; estarse en calma, siempre en calma.

Eso, justamente eso, me disgustaba.

Él me disgustaba.

Su teatrillo enfermizo me disgustaba.

Que me mirase siempre, sin vergüenza, me disgustaba, así como me disgustaba también las veces en que hacía los gestos de Silvana como si fuese ella, como si quisiera burlarse de mí con ello.

Y es que, tras él, había también algo que tenía que comprender, que debía comprender, fuera lo que fuese. Había un algo que, lo juro, creí me

ayudaría a olvidarlo todo: olvidaría a Silvana, olvidaría a ese infeliz y olvidaría, también, su atroz farsa.

Pero me equivoqué.

Me equivoqué como jamás podría haberlo hecho en la vida.



Capítulo 19

XVII

«Alguien»

Había, entre él y yo, una distancia tangible y para nada disimulada. Había, también, un intercambio incómodo de miradas donde yo expresaba, sin vacilaciones, la verdad verdadera de mis intenciones: lo quería.

Por su parte, en medio de aquella incomodidad, en medio de aquel intercambio, su mensaje parecía no variar demasiado entre el desprecio, el asco y una siempre reiterada advertencia. Pero nunca entendí del todo, en ese momento, la razón de sus respuestas.

Una mirada es una mirada y la suya era siempre clara, cristalina, como agua en un manantial virgen.

Una mirada es solo eso cuando no hay palabras o intenciones ocultas detrás, pero entre nosotros había demasiadas cosas que no habían sucedido en serio, pero que sucedieron de todas formas más allá de los márgenes de una realidad tangible, común y corriente.

Él se había enamorado de mí, tan solo de una parte porque, de resto, solo era una fachada, un disfraz, un alguien falso que dio la cara por mí sin ser yo mismo, aun siendo yo mismo de todas formas.

Pobre Silvestre.

Pobre de mí.

Pobre de ambos que yacíamos atrapados en un desolado y enfermizo juego, un juego sin casillas ni dados, sin turnos ni recompensas: solo dudas y más dudas, mentiras y más mentiras, lamentos y más lamentos.

¿Había culpables reales detrás de todo eso? Además de mí y mis decisiones inauditas ¿había alguien que cargase con el peso culposo de un pecado sin rostro, de una farsa sin nombre propio? No lo creo.

La culpa la tenía Silvana, nadie más que ella, pero no existe, al menos no del todo.

La culpa la tenía Silvana, siempre la había tenido ella. Pero ¿cómo puedes culpar a una parte ficticia de ti si, en el momento, te permitiste ser la ficción en busca de un mal mayor?

No puedes evitar ser el culpable porque lo eres. Al final, la verdad es una y solo una, así como yo era uno y no dos: Silvana era yo, yo era Silvana y el asunto moría ahí. El culpable era, claramente, yo, el real, el único y verdadero. y no Silvana.

Ella no existió nunca.

Ella no dijo nada nunca.

Ella no enamoró a nadie nunca.

Era yo. Ese alguien, otro alguien, era yo y Silvestre ya lo sabía, porque tenía que saberlo. Tenía que liberarlo del mal que yo había creado, del mal que yo representaba, del monstruo que se había vestido de hermosas prendas para engañar, engatusar, manipular y consentir sentimientos ilusos e irreales.

Era yo. Ese alguien, falso alguien, era yo y Silvestre volvería a dormir tranquilo tras arrancarle el peso de una farsa casi obsesiva. Volvería, también, a descargar su enojo sobre mi cuerpo y yo lo recibiría con todo el amor del mundo, porque me lo merecía.

Fue a esas alturas del suceso que capté y comprendí que me había enamorado de él casi tanto como él lo había hecho de mí siendo Silvana.

Me sentí patético, más que de costumbre.

Me sentí perdido, más que de costumbre.

Me sentí avergonzado y no lo entendí.

Pero entendí a Silvestre. Entendí sus golpes, sus patadas, sus insultos. Entendí, luego, las visitas que comenzó a hacerme en mi propia casa mientras se desquitaba con palabras recordándome cosas que jamás pensé pudiese recordar con tantos detalles.

Esto sonará un tanto demente, pero, puedo jurarlo, ante Dios y ante el diablo, que me estaba enamorando todavía más de él. Estaba perdiendo la razón, más de lo habitual.



Capítulo 20

XVIII

«Agresión»

Es demasiado cierto eso que dicen, eso que cuentan, respecto al misterio que hay detrás de cada ilusión, detrás de cada acto de magia: pierde toda la gracia cuando sabes lo que hay detrás.

De alguna manera llegué a pensar, a creer, e incluso a admitir que aquel truco había sido demasiado bueno, que aquella ilusión había sido demasiado profesional.

Me invadió una curiosidad científica. Entre la ira, el asco y el desprecio, comenzaba a sentir también una curiosidad bastante pendeja. Aunque el pendejo era yo, evidentemente.

Estúpido. Cretino. Idiota. Podía ser todo eso y más, pero no un pendejo, jamás un pendejo. Imposible. Pero él parecía imponerse tras cualquier imposibilidad, sobre todo cuando me miraba como me miraba y, con ello, yo me volvía un tanto pendejo sin saber cómo o por qué.

Parte de la culpa era, insisto, de Silvana.

Parte de la culpa era indudablemente mía.

Parte de los hechos que ocurrieron en aquel momento, luego de la última golpiza, se debieron precisamente a esa maldita curiosidad, a esa pendejada mía de volver a su casa y volver a confrontar su rareza natural a toda máquina.

Me mantuve al margen lo más que mi cretinismo monstruoso lo permitió. Pero, en mi cabeza, Silvana insistía en volver para revolver las cosas que tenía en mente. No había forma ni manera posible de sacármela de la

cabeza de una puta vez.

¿A qué se debía? Creo que la cosa es bastante evidente: me había enamorado sin remedio de alguien que no existía, al menos no de la misma manera en la que se había metido en mi cabeza.

Silvana existía, de verdad existía. Estaba ahí, justo ahí, frente a mí y llevaba gafas de pasta negra sobre los ojos, un suéter gris con capucha para ocultar la cabeza y un par de jeans azules decolorados, rasgados en las rodillas.

El monstruo hizo de las suyas cuanto pudo, cuanto quiso, cuanto le permití. Toda agresión fue, en cuestión, un desahogo, un patético desahogo. Una venganza, una patética venganza.

¿Por qué hice tal cosa? Creo que también es evidente la respuesta: no quería, no deseaba, no aceptaba bajo ningún concepto el evento, la realidad, el hecho casi irreversible de encontrarme enamorado de otro tipo.

Yo que tanto perseguí a los maricas, que tanto los torturé a placer, que tanto desprecio les tenía sin razón, comenzaba a vislumbrarme como uno ante el espejo y la idea me llenaba de más asco, de más ira, de más desprecio.

No lo soportaba.

No había manera de lidiar con aquello excepto sembrando el terror, liberando la ira, haciendo brotar la sangre de otros, sobre todo la de él, para luego, a manos de una puta pendejada, terminar acercándome a él por impulso propio.

Lo golpearía. Eso me lo repetía, una y otra vez, cuando llamaba a la puerta, cuando me hacía pasar, cuando lo seguía hasta su habitación y cuando la privacidad del espacio se prestaba para hacerlo. Pero no llegué a cumplirlo por completo.

Recuerdo haberlo tomado del cuello. Recuerdo haberlo lastimado sin mediar palabra, arrojarlo contra el suelo y aferrarme a su pequeño y delicado cuello en busca de un desquite más placentero. Él no se resistió.

Su mirada no era del todo suya: Silvana estaba ahí. Su mano se posó sobre la mía, estaba fría, y su mirada parecía querer decirme algo, algo que sé me había estado diciendo durante largo rato y yo no comprendía ese lenguaje.

Su mano se posó sobre la mía, lo recuerdo bien. No intentó apartarla de su cuello ni tampoco intentó forcejear conmigo para liberarse. No. Solo la

dejó ahí, sobre la mía, y ese acto me cortó de golpe la respiración: comprendí el mensaje con la lentitud de un retrasado y solo pude hacerme para atrás mientras sentía brotar un par de lágrimas de mis ojos.

No sé decirles, con exactitud, cuándo fue precisamente que ocurrió eso. Como dije hace mucho, no me percaté de los detalles temporales. Solo sé que mis visitas ya habían sido bastantes, tantas como para quedarme a cenar un par de veces a petición de la señora de la casa.

Ahora que lo recuerdo, ese incidente fue durante una de esas veces en las que me invitaron a cenar. Y la cena fue muy incómoda porque su madre tuvo que salir por no sé qué motivo y nos quedamos, de nuevo, a solas.

El silencio fue muy incómodo.

Sus miradas fueron muy incómodas.

Mi forma de mirarlo sé que también era incómoda porque no dejaba de sonrojarse. Fue cuando comprendí que el asunto no era tan complicado, no era tan enfermizo: el rarito era un marica, un marica perdidamente enamorado y malditamente raro.

Aquí es cuando las cosas se ponen pendejas. Aquí es cuando expongo, muestro y demuestro un poco de aquel sujeto que solo Silvana llegó a conocer, aquel sujeto que él conocía demasiado bien.

Si se tratase de alguien más, estoy seguro que él me habría delatado o me habría manipulado con la verdad para así ponerme cadenas en el cuello, tenerme como una bestia amaestrada.

Si se tratase de un monstruo como el que yo era, habría hecho las mismas cosas que yo pretendía hacerle y más, con tal de tenerme en la palma de sus manos, a su merced. No fue así, al menos no del todo.

Esa noche yo pequé. Por primera vez pequé contra mí mismo al hacerle caso a una voz que nunca había escuchado, una voz que fue, en resumidas cuentas, el maldito veneno que le dio fuerza al pendejo que llevo dentro.

Intenté huir a mitad de la cena.

Intenté desaparecer tras la puerta y no volver la vista hacia atrás porque no soportaba la idea, la simple idea, de confrontar tantas cosas en una misma noche.

La atmósfera era extraña, así como él.

Yo me sentía extraño, aunque no como él.

Tomé mis cosas, salí de la habitación y, cuando estuve a punto de cruzar la puerta principal, él hizo algo incómodo, tan malditamente incómodo, que no logré reaccionar a ello con la velocidad habitual.

Una vez más me había ralentizado.

Una vez más me había arrinconado con mensajes subliminales y miradas inquietantes. Y sus brazos me apretaban con una fuerza tan leve, que no supe cómo describirla en aquel entonces.

Hoy tiene nombre.

Ese abrazo tiene nombre.

Su agresión tiene nombre, así como tienen nombre, también, las súplicas que musitó en aquel momento para evitar que me fuese, para evitar que lo dejara solo, para hacerme perder la compostura.



Capítulo 21

XIX

«Contacto»

Podía convencerlo. Podía hacerlo cambiar de parecer. Podía hacer que se quedase conmigo si se lo pedía, si abría la boca y me dejaba llevar, entre un verbo y otro, entre una súplica y otra. Yo era suyo y quería que lo entendiese.

Esa vez fracasé, aunque no totalmente.

Él se fue. Me hizo a un lado, abrió la puerta y, después de titubear, desapareció tras ella llevándose consigo un leve rastro de mi impregnado sobre la ropa.

Como dije: fracasé. La cena, a medias, me esperaba todavía en el comedor. Junté ambas porciones, la suya y la mía, y me las llevé a la habitación. Me preparaba para un ataque de ansiedad que estaba a punto de una erupción.

Hice el papel de tarado al ponerme a llorar ni bien me senté al borde de la cama. ¿Por qué llorar? ¿Por qué no simplemente agradecer que aquello había terminado? Es que, una vez más, me había equivocado: una mala costumbre que no terminaba de erradicar.

Me olvidé del reloj. Me olvidé de la vida. Me olvidé de cerrar la puerta y apagar las luces y simplemente me dejé caer sobre la cama a acabarme la cena.

No noté diferencia horaria alguna, así que, por primera vez, no supe cuánto tiempo había transcurrido a mi alrededor cuando, de golpe, un portazo desconcertante me sacó de aquel ensimismamiento mío.

Muchas fueron mis preguntas en aquel instante, así como muchos fueron, también, mis temores. Sentí miedo, un puto miedo que me dejó inmóvil, de pie junto a mi cama, con la mirada fija sobre la puerta de mi habitación.

Tal vez se trataba de mamá que había vuelto. Tal vez un ladrón notó mi descuido y aprovechó el momento para entrar, para hacerse fortuna con la poca basura que había en casa. Pero no se trataba de eso.

La puerta, ante mis ojos, se abrió y Silvestre apareció con un gesto de molestia y preocupación nada usual. Y me golpeó, pero no como solía hacerlo. Me insultó, también, de una manera diferente y recalcó lo imbécil que había sido al dejar la puerta sin seguro.

¿Y yo? Estaba a punto del desmayo. Estaba a punto de perder la consciencia a causa de un susto terrible. Pero era él. Se trataba de él que había vuelto a mí, que estaba conmigo una vez más y me devolvía la mirada que solía devolverme cuando era Silvana.

Como dije: esa vez fracasé, aunque no totalmente. Ahí estaba él, un tanto intranquilo, incómodo a morir, mientras yo lo abrazaba por segunda vez a riesgo de despertar, una vez más, al monstruo de siempre. Me importaba un carajo.

Abrí la boca. Hablé como suelo no hacerlo nunca y dije verdades complicadas, verdades que eran mías cuando no era yo mismo. Verdades dolorosas. Verdades en todo concepto. Él no quería escucharlas.

No, cállate, serían sus palabras en todo momento mientras lo tenía prisionero entre mis brazos, mientras insistía, entre una palabra y otra, a abrir la boca y declararme culpable.

Que te calles ¿no entiendes? me decía luego, tomándome por los hombros y apartándome de sí. Estaba furioso conmigo.

Yo también lo estaba, pero no importaba. Necesitaba hablarlo, necesitaba disolverlo todo entre palabras a media voz para que él y solo él me escuchase, me entendiese, me conociese como se supone debía haberme conocido.

Solo estaba siendo yo y nadie más que yo. Solo buscaba ser yo como nunca antes había podido serlo ante nadie, ni siquiera ante mi propia madre, ni ante el maldito de Kevin. Solo podía hacerlo con él, solo quería hacerlo contigo Silvestre.

Hacer el primer contacto, esa era la meta. Acercarme a ti para aclararlo todo, para acabar con todo, para seguir con nuestras patéticas vidas tal y como las conocíamos, aunque mis deseos fuesen, en realidad, otra cosa

muy distinta.

Y lloré. Lloré como una jodida niña. Lloré hasta caer de rodillas ante él para pedirle perdón por lo que hice, por lo que dije, por lo que intenté hacer y por lo que resultó de todo aquello.

Lloré como el maricón que era a la espera de sentir una patada en las costillas o en la cabeza, cosa que no sucedió. Le entregué al monstruo en bandeja de plata para que lo aniquilara y tampoco lo hizo.

Alcé la mirada y lo tenía ahí, sentado frente a mí, con una mirada desconcertante en los ojos y un temblar en las manos que no sabía cómo traducir.

¿Ira? Tal vez.

¿Desprecio? No lo creo.

¿Asco? Ya no más.

¿En qué estaba pensando? Esa fue la nueva pregunta que me hice cuando, al secarme las lágrimas, se lanzó sobre mí para besarme en la boca como solo lo habría hecho con una mujer.

Contacto. Había hecho contacto.



Capítulo 22

XX

«Chantajaje»

Al igual que la primera vez, se me quedaba mirando con un gesto muy curioso y tierno en el rostro. Era como si me preguntase si de verdad era yo quien hacía todo aquel alboroto, si no se trataba de un asunto imaginario.

Yo también me preguntaba lo mismo. Y lo hacía con la misma regularidad con la que solía dejarme llevar cuando estábamos a solas, cuando me dejaba caer sobre su cama para darle inicio a otra jornada absurda de acercamientos bruscos.

De a poco comprendí que Silvana ya no estaba en la ecuación. Comprendí que aquellos besos que solía robarle con infame intención provenían de motivos muy contrarios y para nada infames.

Deseaba hacerlo.

Deseaba sentir esa extraña sensación en los labios, sensación que no conocía de nadie y que, de un momento a otro, se convirtió en el motivo intencional que sustentaría el nombre de cada maldita cosa que hicimos ocultos en aquella habitación.

Si hacemos un recuento del asunto, jamás hablamos del asunto propiamente dicho. Todo sucedía ante nuestros ojos como cuando ves salir el sol y teñir la mañana de colores cálidos. Así era él cuando yo llegaba y, creo, también en mí se notaba algo parecido.

Silvana se volvió un nombre gracioso entre nosotros. Un recuerdo compartido y verdades accidentales que, de un día para otro, iban tomando forma para los dos: digamos que son cosas del karma o del

destino, qué sé yo. Ya todo había sucedido.

¿Que qué hice entonces? Pues, seguirle el juego. ¿Qué más iba a hacer? A esas alturas, cuando Silvana surgía como nombre, yo sabía que algo faltaba de por medio, que habían ciertas verdades incompletas a lo largo del camino y no sabía cómo confrontarlo sin dejar salir al monstruo.

Fue cuando surgió un insólito juego de chantajes entre uno y otro, porque yo quería cosas de él y él, obviamente, quería cosas de mí.

Por parte y parte, lo que uno u otro quería era, en cuestión, un amasijo vergonzoso difícil de expresar en voz alta.

Yo no sabía cómo decirle que me hablase de Silvana y de todo lo que había hecho. No sabía, siquiera, cómo plantearle el asunto sin que se sintiese amenazado, perseguido o investigado porque, a fin de cuentas, las tres cosas sucederían de todos modos.

Aclaro de una vez por todas: todo esto ocurrió de una manera tan lenta que, si intento calcular cuántos días me tomó llevarlo a cabo, perdería mi tiempo porque tampoco le presté demasiada atención a dicho asunto. Él, muy probablemente, si lo hizo, como siempre.

Volviendo al tema, cuando logré pellizcar un poco el tema, cuando logré revivir a Silvana, su expresión fue muy inquietante, intranquila. Quizá se trataba de un asunto, de verdad, delicado y difícil de abordar.

Pero yo quería saberlo.

Quería saber todo cuanto pudiese de él, de Silvana, de lo que había hecho y dejado de hacer, de lo que había pensado antes y de lo que pensaba ya luego, mientras compartíamos en secreto una cercanía floreciente.

Imaginé muchas cosas.

Imaginé demasiado.

Imaginé asuntos, en sumo, delicados e, inclusive, tan grotescos que, por un momento, la verdad que desconocía me dio miedo. Pero ya habíamos abierto la puerta y no podíamos dar la vuelta.

Chantaje. Lo primero que se me cruzó por la cabeza fue eso: chantaje. Cualquiera que hubiese descubierto todo lo que yo había encontrado semioculto en aquella habitación, en aquella computadora, lo usaría para chantajearlo y controlarlo a placer.

¿Que por qué no lo hice? Díganme ustedes, sabiondos mentecatos: ¿qué carajos ganaría yo con eso? ¿Qué podía darme él que yo no tuviese ya? Lo

único que él estaba dispuesto a darme ya me pertenecía, y me refiero a él.

No había en aquella casa ningún objeto más valioso que él mismo, y me pertenecía. Desde el momento mismo en que se desnudó la verdad que había tras aquel nombre, tras aquella identidad falsa, tras aquella ropa de niña que llevaba consigo para demostrar que todo era cierto, él me perteneció.

Y ahora Silvana también me pertenecería.

Su imperio de puta a petición volvería a ver la luz solo para encararse conmigo y, así, hacerme comprender un millón de cosas que antes carecían de sentido para mí.

La cantidad de cosas que existían detrás de Silvana eran impresionantes. Estaba sorprendido, malditamente sorprendido porque, ni un millón de años, yo hubiese podido imaginar las cosas que vi en aquel computador.

Cientos de imágenes, de videos, de conversaciones repletas de secretos oscuros, enfermizos, depravados. Silvana se paseó entre placeres frustrados y sujetos dementes, entre conversas sexuales y shows privados con paga real.

Y Silvana parecía disfrutar de aquellas atenciones, de aquellos juegos, de aquellas humillaciones revoloteando entre variopintos juguetes y un vestuario casi ilimitado, como si se tratase de una muñeca.

Esa había sido la primera vez que degustaría lo que llevaba consigo más allá de la ropa. Estaba avergonzado a morir, lo admito, pero más que avergonzado, estaba celoso. Yo, el heterosexual que había empezado a vacilar a manos de un maricón súper raro, sentía celos, no sé de qué.

Y no sentí asco de su cuerpo, para nada. Me excitó. Verlo con aquellas prendas de niña, con aquel vibrador entrando y saliendo de él, con su erección a toda máquina me hizo pecar, una vez más, contra mí mismo.

Volví a pensar como un pendejo y me preguntaba, mientras veía las fotos, mientras veía los videos, cómo sería si lo llevase a la cama. ¿Era cosa del ángulo y la cámara que lo hacían lucir así de ardiente y sensual? Y perdonen si sueno demasiado marica para sus oídos, señores, pero, ustedes me exigen honestidad y yo les cumplo.

Durante un par de días, después de aquello, no pude sacarme de la cabeza las imágenes que había visto, los gemidos que había escuchado, las expresiones que él había hecho mientras hacía lo que hacía con sus

juguetes multicolores.

Durante un par de días más, después de aquello, luché contra el impulso de querer masturbarme pensando en lo que había visto. Me resistí a hacerlo porque, si de verdad iba a masturbarme, lo haría por el rarito, pensando únicamente en el rarito y no en la farsa que había interpretado en aquellas imágenes.

Fue poca la lucha, en realidad, la que tuve conmigo mismo respecto a si iba o no a aceptar el hecho de seguirle el juego al rarito: yo ya estaba enamorado y no podía hacer nada más. Y lo peor se avecinaba, precisamente porque no podía arrancarme esa desnudez suya de mi cabeza.

Quería verla enserio.

Quería sentirla enserio.

Quería experimentarla y obsesionarme con ella, así como me había obsesionado con Silvana. Iba a deshacerme del fantasma fantasioso de una muchacha que no existe desquitándome con la belleza de cuerpo que se gastaba su creador.

Mientras pensaba en cosas sin sentido, caí en cuenta de que, tras sus reacciones, tras sus miradas, tras la muestra impúdica de todas sus bajezas y de su putería desvergonzada, había un deje de chantaje.

Él quería todo aquello conmigo y, ahora, yo quería todo aquello de él. Había caído tan pendejamente en los deseos de aquel rarito súper puta que, si quería ser puta otra vez, sería solo y únicamente mi puta. Mía y de nadie más.



Capítulo 23

XXI

«Detalles»

Su forma de mirarme fue completamente distinta. De un momento a otro, y durante una larga temporada, sus ojos cuando me miraban, fuese en casa, fuese en la escuela, le rehuía casi de inmediato.

Era extraño, y no me refiero a él. Era extraño lo que surgía de mí cuando me miraba, sobre todo porque me oponía a permanecer demasiado tiempo ante sus ojos. Pero en casa el asunto era inevitable.

Inevitable era, también, el no sentir una curiosidad casi monstruosa. Quería indagar en su mente, quería descifrar esas palabras que, ahora, era él quien me comunicaba a través de miradas tan intensas y confusas.

Había adoptado mi código.

Había adoptado mis métodos.

Había adoptado, inclusive, una presencia desaparecida y silenciosa, como la mía. Era un maestro en el arte de la mimetización, talento que desconocía de sí mismo y que, conmigo, llevó a la práctica.

De a poco, ante los ojos del resto, el monstruo fue desapareciendo. Silvestre empezaba a ser fácilmente confundido con una sombra que pasa de largo sin dejar huellas tras de sí. Empezaba a ser confundido con otro tipo de monstruo, el tipo de monstruo que se parecía más a mí que a ningún otro.

Y su mirada se paseaba de un lado a otro solo para seguirme el paso, para rastrear mis idas y venidas por la escuela, para mantenerme siempre bajo el escrutinio de sus deseos sobreprotectores, porque había empezado a

protegerme de cualquiera que no fuese él.

En sus travesías, que eran también las mías, cuando le ganaban ciertos impulsos y no había nadie que notara nada relevante, se colaba tras mis pasos y me arrinconaba tras la puerta del baño del primer piso. Ahí me besaba como quería, me mordía cuanto quería, me marcaba el cuello sin importar que las huellas quedasen a la vista de todos.

De igual modo, nadie las notaría.

Nadie me notaría de ninguna manera.

Porque en aquella escuela todo gira en torno a una única cosa: superficialidad. En ese mundo, con esa gente, tras esas paredes, solo abunda lo superficial y nada más. Y Silvestre empezaba a comprender la verdadera peste que representaba aquella tan repulsiva superficialidad a la que estaba tan mal acostumbrado.

Los detalles empezaban a ganar relevancia, empezaban a tener más y más sentido, así como los besos que me daba a plena luz del día, ocultos tras la puerta de aquel baño en el primer piso de la escuela, habían empezado a significar, también, algo más.

Se evidenciaba en su mirada aquello que yo sabía de antemano. Se evidenciaba en la intensidad con la que sus manos comenzaban a tentar las superficies de mi ropa cuando se le ocurría hacerlo, sobre todo cuando yo lo tentaba a hacerlo.

No era mi intención.

No tenía esa intención.

El detalle real no calzaba en aquella intención con la que, accidentalmente, moldeé una idea que, estoy seguro, no existía en su cabeza antes de mostrarle las humillantes e infames verdades que le correspondían a Silvana y que me manchaban a mí sin remedio.

Indelebles. Se trataban de marcas indelebles que surcaban un mundo ancho y ajeno, un mundo repulsivo y grotesco que habité por gusto, por placer, por humillación.

Y lo manché a él con ideas extranjeras.

Le enmarqué el pensamiento con cosas que forman parte de una naturaleza ajena y desvergonzada que, de a poco, parecía surgir de entre sus manos cuando me tocaba, de entre sus labios cuando me besaba, de

sus miradas cuando posaba sus oscuros ojos sobre mí.

La primera vez que rompimos un límite mínimo, fue aquella noche en que una horrible tormenta eléctrica causó un apagón a altas horas de la noche.

De esa primera vez, de esa primera línea quebrada, no sobrevivió detalle alguno: estaba oscuro, demasiado oscuro. Yo estaba asustado, demasiado asustado. Mi miedo a la total oscuridad se me subió a la cabeza estuve a punto de quiebre.

La crisis no fue tal cosa y todo gracias a él. Todo fue gracias a su paciente manera de lidiar con el niño asustadizo que me habita cuando las luces se apagan y la luz no vuelve más.

Si se tratase de alguien más, de un monstruo de verdad, quizá hubiesen ocurrido un par de cosas distintas, menos dulces, menos tiernas y absolutamente más viles, más crueles. Pero Silvestre, siendo monstruo, no era de esa clase, de ese nivel, de esa categoría.

Sentí su cuerpo junto al mío. El yacía vestido, yo apenas y llevaba ropa interior en ese momento.

El apagón ocurrió en el peor de los momentos, atacándome, precisamente, cuando más vulnerable me encontraba. Él simplemente surgió de entre las tinieblas para socorrerme, para arrastrarme de vuelta a mi habitación, dejarme sobre la cama y aferrarse a mí hasta que me calmase, hasta que la electricidad volviera.

No ocurrió ni lo uno ni lo otro.

Su cuerpo permaneció ahí sosteniendo el mío, que temblaba y temblaba mientras gimoteaba como un niño. Me besó el cuello, me besó la espalda. Me besó la mano y la cabeza. Me acarició de arriba para abajo repitiendo siempre, una y otra vez, que él estaba ahí, que estaba para mí.



Capítulo 24

XXII

«Tolerancia»

¿Y cómo saben ustedes sobre ese incidente?

¿Acaso me han estado mintiendo tan descaradamente cuando ustedes conocen cosas que, se supone, nadie debería siquiera conocer?

¿Qué otras cosas saben y no me han dicho? ¿Cómo carajo es que saben nada? ¡Y no me vengán con sus pendejadas policiacas! Ustedes saben, y muchísimo mejor que yo, que no sirven para mierda.

Y no, durante ese episodio no ocurrió nada de lo que señalan, payasos mentecatos. Lo único que ocurrió durante aquellas largas horas de absoluta oscuridad fue, simplemente, un intento por mantener vivo a aquel crispado suicida.

Estaba en crisis, una crisis de pánico que recuerdo bien de mi hermano mayor, porque las tenía muy a menudo cuando éramos más jóvenes, cuando éramos todavía unos niños.

Yo todavía no era el monstruo que mi madre esperaba no existiese nunca, pero Santiago se marcharía antes de alcanzar los doce y ahí el monstruo se sembraría en mi interior, o al menos eso me dijeron en terapia.

Pero eso no importa, aquí yo no tengo mayor relevancia a la que tiene un segundón en una película de bajo presupuesto. El importante es él, y, de nuevo: no, no ocurrió lo que ustedes piensan, al menos no todavía.

Ambos teníamos la idea, era obvio. Sus miradas y las mías comenzaban a ser más claras, comenzaban a comunicarse de una manera tan única que

era casi posible el pensar que nuestras miradas tenían inteligencia propia.

Yo quería llevarlo a la cama, no lo niego.

En aquel momento lo habría negado hasta la muerte con tal de no enmarcarme dentro de los terrenos del muchacho raro. Cualquiera que se atreviese a decir lo contrario terminaría escupiendo sangre al final del día.

Él lo sabía. Lo sabía muy bien.

Él sabía que yo haría de todo, a manos del monstruo, con tal de mantener en el más completo de los secretismos aquella extraña y súbita relación que había empezado a florecer entre nosotros. Una relación que era, en realidad, la respuesta que había estado necesitando desde hacía demasiado tiempo.

Él también lo sabía.

Lo sabía casi a la perfección porque había empezado a liberar los candados que me retenían detrás del Silvestre que todo el mundo conocía. Detrás de la imagen monstruosa que me representaba era, precisamente, donde me encontraba oculto.

Existir en ambos planos era, como tal, un asunto impredecible.

Era, también, una cuestión de inmensa tolerancia, porque tenía que tolerar entonces la idea de ser un maricón de clóset cuando me paseaba por aquella habitación solo para tenerlo entre mis brazos y atosigarlo a punta de besos intensos y caricias inmorales.

De a poco fui desterrando mis miedos respecto al tacto, porque fui el primero en hacer algo inapropiado.

De a poco recorrí, después de aquel incidente a oscuras, los espacios que solía encubrir con la ropa que le encantaba vestir. Y no solía vestir como alguien normal: si acaso quedaban al descubierto sus manos y la cabeza era porque tenía que usarlas.

Me hizo quedar como idiota en más de una ocasión, pero no lo culpo por ello. Yo solía llegar sin avisar, y su madre me dejaba ir y venir como me diera en gana, cosa que él parecía no aprobar del todo. Pero, en fin.

En una de esas apariciones sorpresa, tras abrir la puerta como si la habitación fuese mía, me tropecé con la imagen más patética que pudiese haber visto jamás en mi vida, y yo, siendo hombre, caí rendido ante ella

sin remedio.

Su cuerpo yacía desnudo, tendido sobre la cama, de ojos cerrados y leves gimoteos que se zafaban de su garganta. Se tocaba. Se tocaba mientras fantaseaba con mi nombre sin siquiera haberse dado cuenta de mi presencia.

Preguntarme qué fue lo que hice es, aparte de estúpido, incómodo. Y con esto, caballeros, les pido que cierren el pico y se larguen si solo piensan seguir preguntando pendejadas para joderme el poco buen humor que me queda.

Para satisfacer su curiosidad estúpida y para que quede grabado en la cámara que, sé, me ha estado apuntando desde el otro lado del espejo, lo diré sin miramientos, sin rodeos: me lo cogí.

Ese día, después de tanto rondar aquella puta idea, después de tanto confrontar una realidad que, ante el espejo, ya no era desagradable, me dejé llevar por la tan vívida imagen de aquel Ángel sin alas.

Me abalancé sobre él como animal hambriento y, lo juro, se asustó de tal manera que me obligó a dejar la habitación. Increíblemente, yo le hice caso. Y su decisión duró casi tanto como dura un suspiro entre los labios.

¡Me lo cogí!

¡Me lo cogí como nunca me había cogido a nadie y no superé el asunto por varios días!

Obviamente, ni él ni yo dijimos mierda del asunto. Era como si nunca hubiese ocurrido tal cosa, como si nunca hubiésemos hecho nada en lo absoluto: todo siguió como si nada.

Nos besábamos como siempre.

Nos acariciábamos como siempre.

Nos mirábamos como siempre.

Hablábamos como siempre.

Todo a hurtadillas, todo en secreto. Todo en su habitación, siempre en su habitación, porque no había lugar más seguro para ser nosotros mismos, el uno con el otro, y sopesar con la tan errónea idea que se haría el mundo exterior respecto a nuestra historia.

Cosa de tolerancia, dirían unos, los más pendejos. Pero es simple cosa de maricones y solo los maricones sabemos verlas, entenderlas y afrontarlas

como una realidad tan natural como el amor que le tenía a ese extraño personaje, a ese extraño suicida.



Capítulo 25

XXIII

«Decoro»

Las horas dejaban de ser solo eso. Las horas se tornaban, en cuestión de besos, un asunto metafísico, un equívoco más del universo, un desbalance preciso dentro de una muy complicada ecuación cósmica.

¿Qué papel cumplía yo dentro de aquel extraño predicamento universal? ¿Qué misión tenía Silvestre inscrita en la masa física que le daba forma durante nuestros encuentros en solitario? ¿Qué resoluciones se cumplían durante el altercado de nuestras complejas, distintas, aunque paralelas, realidades?

En aquel entonces no lo sabía. Hoy todavía no lo sé

En aquel entonces no me importaba. Hoy me importa menos todavía.

Entre nosotros, los asuntos universales se volvían tema. Los temas se volvían, entonces, cada vez más relevantes, cada vez más complicados y menos fugaces, todo a causa de la desnudez.

Los asuntos de la vida y de la muerte empezaban a perder sentido por completo porque el sentido, en sí mismo, quedaba consumido por una idea simple, muy simple, donde Silvestre me hacía compañía sobre la cama, donde mandábamos al carajo la ropa, donde nuestros cuerpos se interconectaban en busca de no separarse jamás.

Aquello había dejado de ser solo idea.

Aquello había dejado de deambular a solas entre una cabeza y otra.

Aquello había sido, en cuestión, el equivalente a un bigbang miniatura estallando en mis adentros. Y fue así cuando lo sentí arremeter en mi

contra como lo hizo, cuando, finalmente, sentí su cuerpo como algo que va más allá de una simple y curiosa fantasía de clóset.

Tuvimos relaciones. Tuvimos sexo. Cogimos. Garchamos. Tiramamos. Me lo metió. Me sometió. Me clavó. Me hizo morder la almohada. Llámenlo como les venga en puta gana, me vale verga: lo disfruté esa vez, la primera, de la misma manera en que lo disfruté las otras tantas veces que lo hicimos después.

Luego de haberme sincerado con él, luego de develarle los secretos de Silvana, sus fotos, videos, conversaciones y demás, el pudor se fue al carajo, así como se fue al carajo mi capacidad de contenerme detrás de mis tan naturales silencios.

Ya no podía fingir.

Ya no podía aguantar.

Ya no lograba someter bajo presión a aquel obtuso e infame sentimiento devenido de un enamoramiento vano y vil. Tampoco era capaz de sobreponerme y contradecir mi propia contradicción: de verdad quería amarlo como había empezado a hacerlo.

El sexo fue la clave de mi derrota.

El sexo fue, también, su máxima condena.

El sexo fue, sin salirnos demasiado del tema, la más intransigente de todas las decisiones que teníamos que tomar: tarde o temprano ocurriría y, de a poco, su cualidad intransigente dejaba de ser tal cosa.

Y las horas dejaban de ser solo eso. Cuando me arrebatava la ropa para dejarme marcas con su boca, cuando sus manos me acariciaban más allá de la piel, cuando el calor de su cuerpo llegaba hasta lo más profundo de mi existencia era cuando el cosmos se volvía palpable y hasta el sinsentido cobraba sentido.

Sus manos rodeándome la cintura eran, para la liberación de todos los males, la mejor de todas las señales físicas de las tantas que nos ingeniamos a compartir cuando la ropa no se interponía entre nosotros.

Comencé a entender ciertas cosas que yacen ligadas al amor, aunque el amor a veces se desliga de ellas. Comencé a comprender, también, la importancia que tiene la verdad cuando su cuerpo, desnudo y sin defensas, revolotea bajo mis sábanas mientras me hace repetir su nombre entre quejidos involuntarios.

Estoy consciente, señores, que quizá mis palabras y su imaginación no se conecten demasiado bien mientras me escuchan decir lo que les cuento, sobre todo por la manera en que se los cuento, pero es entendible: no todos saben lidiar con asuntos de maricas como nosotros.

Soy consciente, también, del desagrado que sienten respecto a ciertos asuntos, a ciertos detalles, a ciertas nimiedades privadas que solo nos concierne, respectivamente, a Silvestre y a mí. Me disculpo por ello, pero nada se puede hacer contra la verdad cuando se la está buscando, sobre todo cuando ya la has encontrado, así como ustedes encontraron estas grabaciones.

Tal vez piensen que mandé a la mierda mi sentido del decoro debido a Silvestre, pero hay que aclarar una cosa, y aprovecharé para hacerlo en esta ocasión y no en otra después: no nos malinterpreten, no nos tilden con nombres que no son o con nombres que no merecemos, no cometan semejante estupidez simplemente por no saber lidiar con una verdad ajena a la suya.



Capítulo 26

XXIV

«Entiendo»

Con todo lo que saben, con todo lo que hallaron, con todas las vueltas que han dado desvalijando su habitación, yo todavía me pregunto qué mierda quieren de mí o qué carajo esperan que diga que suene distinto.

Ni volviendo el tiempo hacia atrás para deshacer todo lo sucedido se podría llegar a una resolución distinta. Él y yo teníamos eso bastante en claro simplemente porque estábamos conscientes de nuestra propia mierda: ninguno de los dos servía para nada.

Aunque él y yo no nos hubiésemos conocido nunca, aunque él no se hubiese cambiado de escuela y no hubiese aparecido nunca en aquellos pasillos, él estaba seguro que se hubiese matado como lo intentó hacer la primera vez.

Y no digo esto en balde: no es una excusa, no es una aclaratoria, no es una información anexa para sus notas policiales. Es en absoluto eso. Esto que digo es una realidad que él mismo planteó entre susurros después de una alocada noche de pasión.

Ya no se sentía feliz.

En ese momento, no sé cómo ni por qué, en él se dio un cambio drástico, un oscurecimiento sobrenatural: era como haber extraído un espectro desde el otro lado y dejarlo recostado sobre la cama para que mirase el techo mientras parlotea sobre sentimientos y emociones que van más allá de lo lúgubre.

Lloraba. Mi... él lloraba. Y su voz se entrecortaba mientras lanzaba hacia el vacío un discurso que parecía ir dirigido hacia una multitud inexistente,

una audiencia fantasma, así como solía ser él casi siempre.

Aquella clase de episodios era normal en él, pero no era normal que ocurriesen cuando no llevábamos la ropa puesta.

Para mí eso fue una alarma.

Para mí, recordándolo una vez más, solo significó otro intento de traerlo de vuelta desde el infierno que llevaba dentro, ese infierno que jamás pude conciliar ni comprender claramente, pero que sabía que era más real que el infierno de los cristianos.

Se supone que él era mi Ángel. Se supone que él era mi guía hacia aquella salvación secreta que se gestaba tras las paredes de su habitación, la misma que evolucionaba con cada encuentro nuestro. Pero me equivoqué, en parte me equivoqué.

Yo también me había convertido en un Ángel sin siquiera notarlo. Me había vuelto el hilo rojo que lo traía de vuelta hacia la misma luz que él me había mostrado. Era quien lo hacía despertar de aquellas pesadillas de ojos abiertos buscando alejarlo de aquellas tan inquietantes sombras que deambulaban en su pensar.

Aquellos episodios eran como deambular en un infierno que no arde, que no quema, pero que te hiere de todos modos. Porque él se volvía espinas mientras perdía la razón, inmerso en aquel otro lado, en aquel otro mundo que solo existía dentro de sí mismo, de sus emociones y de sus no sé cuántos traumas.

Entiendo que, a pesar de todo, su madre me haya considerado el culpable de su muerte. Siento que es una manera de desquitarse las no sé cuántas veces que se topó con la imagen de su servidor mientras se lo clavaba a su hijo, y se lo entiendo.

Pero ella tiene que entender que aquello y esto no marchan en la misma dirección. Tiene que entender, al igual que ustedes, que lo claro está claro y que lo obvio más obvio no podrá ser jamás: yo lo amaba, lo amaba en serio. Lo amo, lo amo en verdad y no sé por cuánto tiempo más esto continúe siendo así.

Quizá ella no lo quiera aceptar tampoco, y eso también se lo entiendo. Pero ella no conocía para nada a su hijo. No sabía nada de él, así como también la relación madre-e-hijo de la que tanto ha hecho mención no existió jamás.

Considero ridículos su espectáculo y sus acusaciones.

Considero ridículas sus palabras y sus lágrimas.

Considero despreciables sus intentos por querer deshacerse de todas las huellas que, tanto él como yo, dibujamos a lo largo y ancho de aquella habitación.

Porque me parece más que suficiente con todo lo que él mismo destruyó antes de partir, todo lo que él deshizo de sí mismo con tal de no dejar pruebas palpables de todas sus vergüenzas, esas que compartió conmigo para humillarse, para vulnerarse.

Si buscan en mí razones para matarlo, entiendan que sí tenía, las tenía de sobra, pero se equivocan de sujeto. El Silvestre que hubiese querido matarlo sin pensarlo ya no existe, el monstruo ya no existe. Lo único que queda de él son el nombre y la cara.

De resto, y con el corazón completamente destrozado, les digo: lo único de lo que se me puede culpar aquí es de haber fracasado en querer salvarlo, de no haber llegado a tiempo.



Capítulo 27

XXV

«Pánico»

Cuando me maté la primera vez (aunque fracasé en ello), mandé a Kevin directo a la mierda.

Cuando Silvestre entró a mi vida, mandé a Kevin directo a la mierda también.

Todos sus secretos se quedaron conmigo, así como los secretos de aquellos otros tantos que, al igual que él, me conocieron a través de las puertas que abrimos por internet.

Y conservé muy bien todo aquel compendio de secretos muy a pesar de haberlo mandado todo a la mierda, muy a pesar, también, de que Silvana ya no existía. Aunque no había dejado de existir por completo en realidad.

Cuando me maté la primera vez en aquel baño del primer piso, lo que vislumbré al otro lado de la vida no fue otra cosa más que una ilusión, una imagen falsa pre-programada por un cerebro que, todavía, no había logrado desconectarse por completo: yo no había muerto en realidad.

¿Por qué insisto, entonces, en declararme muerto, una y otra vez, cada vez que hago mención a aquel fracaso incidental? ¿Por qué insistir e ir a contracorriente de un significado tan claro y definido, enmarcado en una línea que va más allá de lo superficial?

Es simple: la vida no me interesa.

Mi vida no me interesa.

Silvestre logró hacerme cambiar de opinión por un largo tiempo, pero el vacío que había vivido conmigo desde siempre no dejaba de tener hambre, no dejaba de devorarme desde más allá de mis entrañas y, con eso, volvería a infectar mi mente y mis ideas con pronósticos fatalistas.

Tal vez notaron que existe una falla temporal que divide las grabaciones que han estado observando: eso fue debido a mi Protocolo Pánico. Y tal vez harán todo un revuelo en mi habitación, en mi casa, hasta usarán tecnología del año diez mil para recuperar del disco duro de mi computador aquellos datos que destruí por antelación.

Déjenme aclararles, señoras y señores, que tales cosas no funcionarán nunca y que solo harán disgustar aún más a esa mujer que sigue siendo mi madre.

Destruí todo cuanto no quiero sea visto ni conocido. Destruí cuanta huella he dejado impresa en los andenes de una historia profana con tal de no salpicarle nada al muchacho que, sé, culparán por mi propio suicidio.

Me llevé muchas verdades conmigo hasta la muerte, pero otras, las que no me pertenecen, se les entregará a su debido tiempo y en bandeja de plata. Solo deben seguir el paso del tiempo bajo la ley que le concierne: un segundo a la vez, un minuto a la vez, una hora a la vez y, de ahí, culminar un día por vez.

Silvestre tiene respuestas, es solo que no lo sabe. Silvestre tiene consigo el primer fragmento de una llave que develará los misterios existentes tras una ráfaga insana de mentiras perversas y pagos placenteros, todos destinados hacia mí y la tan vil e ilegal exposición de mi cuerpo.

Siempre me consideré una trampa viviente. Siempre supe que acabaría con una parte del mal que existía en este mundo, pero tenía que aliarme con ese mal para acabarlo, para destruirlo.

Estaba consciente que mi muerte sería, en sí misma, la alternativa final, única y verdadera, con la que podría llevar a cabo mi tan vengativo propósito.

Humillarme a mí mismo sería mi mejor arma. Mi propio rostro sería el disfraz perfecto. Mi nombre sería el verdadero problema. Y es que nadie que espera hacer demasiado ruido a favor de hazañas infernales si lleva consigo, impuesto sobre la piel, el nombre de Ángel Gabriel.

¡Irónico!

Fui el ángel de muchos, y muchos pagaron a ciegas por tenerme como su ángel. Fui también el juguete de muchos, y muchos duplicaban o

triplicaban mis cifras con tal de incluirse entre mis juegos.

Y tal vez suena grotesco lo que digo, aun cuando, en la realidad, todo fue un acto de mostrar para ser visto.

Nunca nadie me tocó.

Nunca nadie puso nada dentro de mí.

Nunca nadie se supuso en medio de una estafa cataclísmica donde el muchacho que estaba tras la pantalla, el que llevaba puesta minifalda y se penetraba con un vibrador, era, en realidad, un demonio de linda cara con pretensiones autodestructivas y un muy desaforado interés por revelar la identidad de todos los involucrados.

Ninguno conoció mis métodos. Apenas y sabían de mi meta final, mi deseo volcánico.

Todo aquello ocurrió antes de tener a Silvestre. Todo siguió ocurriendo a pesar de haberlo tenido. Las cosas no habían cambiado demasiado, aunque me habían hecho cuestionar, en ciertas ocasiones, el simple asunto de seguir o no con vida.

Tú, simplemente, sientes pánico por la vida. Estoy seguro que fue Kevin el que me lo dijo, pero no estoy seguro cuándo. Tampoco estoy muy seguro de si aquello tenía o no razón en ese instante, pero hoy sé que no había razón alguna tras esas palabras.

Pero una cosa si era verdad, y lo sigue siendo: yo sentía pánico, yo siento pánico. Las preguntas vienen siendo entonces: ¿a qué? ¿a quién? ¿por qué mierda? ¿y desde cuándo?

No lo sé.

No lo supe.

No lo sabré tampoco.

Quizá Silvestre lo sepa, porque logró sacar conclusiones que yo, en medio de un pánico sin sentido, no logré siquiera pensar o ver, a pesar de que su amor, que fue verdadero, intentó hacerme abrazar la vida, intentó hacerme no tomar vuelo.



Capítulo 28

XXVI

«Prisión»

Su verdad no era del todo mía. Sé que solo fui un transeúnte momentáneo, una sombra que se arrastra con el pasar de las horas ni bien el sol cambia de posición. Su verdad era solo suya porque solo él parecía comprenderla por completo y yo no logré alcanzarla, aunque la tuviese en mis narices.

Según lo que me dicen, según lo que ustedes alegan ser una respuesta alternativa, me atrevo a decir que, quizá, tienen razón respecto a esa parte de nosotros, esa donde el amor, el sexo y las palabras bonitas solo representan un juego de niños.

No pienso admitir ni permitir que digan de él cosas absurdas: no estaba loco ni nada parecido. Estaba bastante despierto, cuerdo y al corriente de la inmundicia que consterna la vida de los imbéciles que la vivimos embriagados por la vanidad, por la sed de poder y el hambre de humillación.

Si lo planteamos desde sus palabras, oficial, quizá tenga razón, pero solo en parte. No, no lo considero un nuevo Jesucristo. La simple idea es, en sí misma, absurdamente estúpida y estúpidamente absurda. Pero sí, tenía una manera de ver el mundo demasiado complicada: todo parecía causarle dolor.

Yo le causé demasiado dolor antes de conocerlo. Y, ciertamente, él me había causado un dolor que, pensé, sería irreparable, pero resultó ser mi salvación. Él y su puta mentira, él y su tan jodido teatro degollaron al monstruo y sembraron en mí una oportunidad nueva, una necesidad relevante.

Amor. ¿Quién lo diría? Una palabra de apenas cuatro letras era, en realidad, la respuesta que había estado buscando a la maldición familiar. Una acción subjetiva complementada a sus tan lascivos actos e intenciones resultó ser, por muy tarado que suene el asunto, lo que me hacía falta para sobrevivir.

Convertirme en marica me salvó la vida y entiendo que se rían conmigo al decirlo de esta manera, pero es cierto.

Si no me hubiese enamorado de Silvana, quizá no lo hubiese conocido a él. Si no lo hubiese conocido a él, estoy seguro, no se habría suicidado como lo hizo al final de sus tan entrecruzadas resoluciones, no: yo lo habría matado a su debido tiempo, y sin planificarlo siquiera, porque su cuerpo no podría soportar más las agresiones del Silvestre monstruoso.

Las cosas sucedieron como sucedieron porque era necesario que así fuese con tal de equilibrarle la vida a alguien y, para lograr dicho equilibrio, una vida debe entregarse a cambio. Así funcionan los dioses, así trabaja la eternidad: el sacrificio, el tributo, la entrega ciega.

Un alma por un alma, porque es el precio justo. Pero su alma, afligida y rota, valía más que la mía. Su vida, a pesar de estar marchita, valía mucho más que la mía. De nada sirve rescatar al monstruo si el hermoso Ángel tiene que partir, de nuevo, y abandonarnos en medio de la oscuridad.

Nos hemos cegado ante una realidad que carece de sentidos, porque nadie ve nada, nadie escucha nada, nadie siente nada: todos se han vuelto zombis tecnópatas, con la vista siempre perdida ante una pantalla y la cabeza siempre metida en vidas que no existen en verdad. Y él lo demostró de la peor manera.

Me demostró también que lo nuestro fue un accidente, porque el amor trabaja mejor siempre cuando es por accidente.

Yo solo esperaba salvarlo a él, así como él logró salvarme de un sueño radical y obtuso. Esperaba aferrarme a él en vida e interrumpir así su muerte. Divagar juntos por el existir mientras buscamos la manera de escapar de la prisión que nos había prescrito Dios a modo de broma.

Porque este mundo es una puta broma. Todo en este mundo es, esencialmente, una maldita y estúpida broma, un mal chiste, una triste comedia y nadie parece notarlos, aunque todos parecen sufrirlo.

La verdad es, en sí misma, breve. Casi tan breve como lo fue su presencia en mi vida. Y dolorosa. Tan dolorosa como la estaca imaginaria que te perfora el corazón, noche tras noche, cuando, entre un recuerdo y otro,

ves florecer una nueva muerte en tu interior devenida de su nombre.

Cuando te das cuenta que ese algo que carecía de nombre tiene sentido tangible, cada día es una vida perdida y cada noche es un nuevo entierro. Porque mueres en medio de la noche para luego, al amanecer, volver a levantarte en busca de un sentido ya perdido, de una vida ya robada, de un significado.

Te quedas con las manos vacías.

Te sientes irremediabilmente vacío.

Te entiendes increíblemente roto.

No existe manera de escapar de aquella nueva prisión dentro de la prisión ya existente. El encierro en el encierro. El olvido en el olvido. La muerte más allá de la muerte estando, aun, con vida.

Son cosa de vivos.

Son cosa de verdades imperecederas.

Son cosa de realidades que van más allá de la carne, del hueso, de la sangre. Realidades no palpables que transitan entre esta y la otra vida, yendo y viniendo en ciclos espasmódicos de tiempos que no existen pero que convergen, a diario, en nuestras narices.

La prisión no es una prisión, solo es una de las muchas formas que tenemos de darle significado a este mal que llamamos existencia.



Capítulo 29

XXVII

«Desesperación»

Tras la línea de la cordura. Siempre intentó mantenerme tras la línea de la cordura, pero la lucidez no ha sido, nunca, mi fuerte. Y sí, tal vez mis razones y pensamientos, a veces, parecen absurdos y patéticos, pretenciosos, lentos o inmaduros, pero al final son míos y me vale media mierda lo que lleguen o no a pensar al respecto.

En esta vida, en este plano, en esta vana y para nada sublime existencia, todo gira en torno a una cosa: el fracaso. Y darle nombre, definición, claridad y consuelo a una palabra como esta es intentar darle respuesta a esa eternidad falsamente lúcida que nos conduce por un sendero, también falso, a lo largo de nuestro tan deplorable y liviano suplicio.

Es que todo va de la mano. El todo se deja convencer, con sutiles y no tan sutiles propósitos, por aquellas ideas bulliciosas, por aquellas cláusulas engañosas que sustentan todo un rubro inacabable de fracasos que traen consigo otros fracasos y, con estos, más y más fracasos.

La historia de la humanidad yace sembrada en medio de un amplio campo de calamitosos y desaforados intentos de fracaso. Intentos, obviamente, que se volvieron realidades palpables y estruendosas cuando el hombre, al abrir los ojos, al olvidarse de los dioses y los mitos, al volverse centro de su propio e inmundado universo, desató las maldades que yacían dormidas dentro de aquella Caja de Pandora.

Los resultados fueron, generación tras generación, como una plaga imparable que secó, sin remedio, la mente de cuantos incautos alcanzó a poseer. Los demás padecemos de su reacción. Los demás padecemos de su infinita existencia mientras, los más pendejos, esperan que Dios de

vuelta al tablero y cambie el resultado de tan patético juego de mesa.

Yo mismo soy un resultado fehaciente del fracaso. Un resultado vivo que vive sin vivir, nunca, su propia y desgraciada realidad. Soy uno más de los muchos tantos que somos, existimos, padecemos y libramos una batalla constante contra nosotros mismos y nuestra propia razón de existencia.

Porque no tenemos razón real para existir.

Porque no tenemos deseo de tal cosa.

Porque solo esperamos el momento crucial en que el reloj marque la hora señalada para ver correr, más allá de las venas, el fragante carmesí que sustenta la piel, la carne y los huesos. Elixir de vida, de tiempo. Elixir de Calamidad.

Poco me interesa si lo que digo o lo que he dicho, tiene poca o mucha coherencia, o si la pierde a medida que intento aclarar algo imposible de definir en términos que sean, para los cretinos, lo suficientemente claros, transparentes.

A medida que avanzan las palabras, suelo contraponerme ante una idea sutil que se escandaliza ni bien recuerdo que mi vida tiene los días contados. La consciencia ha tardado demasiado en despertar y hacerse notar. Ha tardado demasiado en cobrarse una vida propia y hacerme compañía a lo largo y ancho de este tan ajeno mundo al que fui arrojado por divina obligación.

Dios no existe.

Ese viejo bastardo, hijo de puta, no existe.

La vida, en sí misma, tampoco existe.

¿Qué somos entonces? ¿Quiénes somos o seremos en algún momento? Actores, solo eso. Actores delimitados a una estancia perecedera, tan falsa como lo somos con nosotros mismos, en nuestro interior, por el resto de nuestra estadía.

He ahí el motivo de aquella pregunta que no se responde nunca. He ahí la razón precisa del por qué siempre el agujero luce como nuevo, poco importa cuánto intentemos reparar el fallo: el alma no se cura, así como no se cura tampoco el corazón.

Permanecemos vacíos entre deseos.

Permanecemos vacíos entre caricias.

Permanecemos vacíos entre desnudos.

Permanecemos vacíos, siempre, en medio un mar de verdades también vacías, porque todas son, al final, una farsa más devenida del fracaso. Son solo marcas de polvo, volátil polvo que viaja más allá de las líneas del tiempo, a la deriva, sobre un borroso horizonte sin fronteras.

Fracaso.

Desesperación y fracaso.

Artifugios nacidos de nuestra naturaleza autosuficiente que sirven, apenas, para desglosar significados semiocultos por la eternidad. Meros botones de autodestrucción diseñados para destruirlo todo, menos a nosotros mismos. Somos la mecha encendida que se quema previo al estallido final: desesperación.

Entonces preguntamos, por última vez, para dejar descansar la idea, para olvidarla luego y preguntarnos otra cosa que tenga valor verdadero: ¿por qué desear mi muerte en desespero? ¿Por qué buscar acabar conmigo mismo en vez de superar, de alguna manera, este estado de vacío indescifrable?

Si yo fuese Kevin, te lo juro, respondería aquello con palabras planas y pendejas, casi tan pendejas como él. Respondería con un gesto neutro en el rostro, con una libreta entre manos y los lentes caídos hasta el borde de la nariz.

Respondería, no miento, sentado en el centro de la habitación, cruzado de piernas, sobre una silla de madera antigua usando una voz insoportablemente morbosa y ruin.

Olvidarte, Kevin, me es imposible.

No querer librarme de la falsa vida que defiendes, Kevin, me es imposible.

No caer en la desesperación en la que Silvestre me ha visto sumido con amarga paciencia, Kevin, también me es imposible. Y con esto dejaré en claro que fui, soy y seré, para siempre, el fracaso más grande de tu patética carrera.



Capítulo 30

XXVIII

«Aire»

Hay palabras que duelen poco más de lo que duele pincharse el dedo con una aguja. Hay momentos, en absurdo incómodos, donde el pinchazo no es tal cosa, aunque el dedo sigue siendo solo un dedo. Ahí es cuando llegas a comprender que la verdad, en sí misma, sabe lucir muy lindos disfraces.

Hay palabras, señores, que insisten y persisten con el pasar de los minutos, de las horas, días y semanas, mientras nosotros permanecemos reacios a ir a contracorriente y salvaguardar la idea previa del rechazo, porque así nos sentimos más a gusto con nosotros mismos, aunque todo resulte en nada, como el aire.

La vida es como el aire.

El dolor es como el aire.

La verdad es como el aire.

Y por sus caras estreñidas comprendo que no entienden un carajo de lo que digo, así como tampoco comprenden que estas palabras no son, del todo, mías.

Aquí y ahora, soy solo un vehículo, un mensajero en modo automático que entrega aquella encomienda que le han dejado programada.

La vida, el dolor y la verdad, al igual que el aire, son todas entidades terriblemente imparables, inamovibles, irreparables, inflexibles y angustiosamente imperecederas.

Porque nada las retiene, nada las contiene, y nosotros solo quedamos a medio andar deambulando por las venas de una vida perfumada con dolores esenciales y verdades bifurcadas, porque toda verdad nos lleva, indudablemente, al fracaso.

Aire.

Esa es la palabra del momento: aire. Es la sensación que provoca el instante en que la puerta se abre y uno de ustedes se va para que, al momento, venga otro a ocupar su lugar, como si en realidad no se hubiese ido nunca el anterior.

Y es que así es, precisamente, el aire: entra y sale en todo momento sin entrar ni salir, nunca, de ninguna parte. Entra en cada uno de nosotros y nos mantiene con vida, pero la vida se va de nosotros aun cuando los pulmones yacen repletos.

Aire.

En estos momentos lo que más necesito es solo eso, aire.

A mi vida le hace falta aire.

Desde su tan forzada partida, lo que me hace falta para continuar adelante es aire.

Desde que me trajeron a empujones a esta maldita pocilga, lo que necesito para deshacerme de todo, y de mí mismo, es aire.

Pero aire, al final, es lo que menos necesito, porque él ya no está conmigo, él ya no estará conmigo y los días por venir perderán, para siempre, sentido alguno, si es que en verdad tenían alguno.

Y ustedes me enjaulan en este recinto, me retienen a la fuerza, me señalan, me culpan, me enjuician, me someten. Han atrapado al monstruo equivocado, así como han culpado también al rostro equivocado y mientras esto sucede yo simplemente pienso, recuerdo, revivo y padezco el dolor que solo el aire podría ocasionar.

La vida es como el aire.

El dolor es como el aire.

La verdad es como el aire.

El recuerdo más reciente que me queda de él es como el aire, precisamente porque aire era lo único que habitaba los alrededores el día que decidí fugarme con él a casa de un pariente casi olvidado, no muy

lejos de aquí, a orillas del mar.

Entonces el vacío se volvió aire dentro de nosotros y escapó a medida que respiramos un perfume salino y húmedo. Él me tomó de la mano y me supo a mierda si alguien nos veía de tal manera. Me tomó de la mano y la farsa de la vida pareció fragmentarse ante mis ojos: mi verdad, ahora, era él.

Aire.

Una vez más, aire.

Su delicada figura, vistiendo la ropa que le obligué a llevar ese día, parecía deslizarse sobre el aire mientras corría, cual niño pequeño, tras las aves que se paseaban por aquella desolada orilla.

Su cabello bailoteaba entre la brisa y su sonrisa era muy distinta a la que, en su habitación, solía mostrarme cuando lo besaba. Aquel que, ante mis ojos, dibujaba huellas sobre la húmeda arena, era otro muchacho y no el mismo que había llevado a la cama incontables veces.

Aquella figura que correteaba entre emplumados seres era la de alguien que, creí, no vislumbraría jamás pues yo sabía, lo sabía muy bien, que aquella vida no duraría demasiado entre mis brazos, que no resistiría la tentación de atentar de nuevo contra su ser y me dejaría a la deriva entre disculpas que no iba a poder recriminarle jamás.

Las palabras duelen poco más de lo que duele pincharse el dedo con una aguja. Las palabras que nunca le dije por simple cobardía son, hoy por hoy, las que me punzan por doquier como si mil agujas intentasen brotar de mis entrañas.

Guárdense, señores, sus tan bruscos intentos desmoralizadores y sus tácticas de "policía malo": nada me hará daño alguno más allá del daño que podré hacerme yo mismo a causa de un peso muerto, a causa de un denso aire que llevo aquí dentro, que permanece rígido como una roca en el fondo del mar.



Capítulo 31

XXIX

«Tragedia»

No he podido siquiera conciliar el sueño. Lo de anoche ha sido una simple reiteración de la noche anterior y de la anterior a esa. Insomnio, quizá, o simplemente se trata de otro mecanismo de autodestrucción, otro método silencioso por el cual mi cuerpo me envía señales, en cierto modo, invisibles.

Las horas se abren paso mientras me encuentro ante esta cámara con los ojos enrojecidos y un cansancio indescriptible posado sobre mis hombros.

Se acerca el momento. Aunque para ustedes el suceso ya ha ocurrido, creo que pueden vislumbrar en mi tono y en mis expresiones que la realidad que me persigue, aunque la he soportado suficiente, hoy ha socavado un hoyo demasiado profundo en mi débil espíritu.

Nadie podrá siquiera notarlo, pero cuando me vaya habré dejado una huella tras de mí y un ligero cambio en los vientos que transitan le darán sentido a ciertas cosas que, hasta ahora, han permanecido del todo silentes.

Del silencio vengo y al silencio voy con la esperanza de zafarme del enfermizo peso de la vida que me dieron, a modo de lidiar con mi tan vacío propósito y sembrarle palabras más a aquellos que se atrevan a volver la mirada hacia mi sendero.

Pero no es mi sendero en realidad. Solo es un camino que he dibujado imaginariamente para darle sentido al sinsentido que le dio forma a este cuerpo, voz a esta garganta y vista a estos ojos. Solo se trata de una simple y borrosa línea dibujada, con agónico afán, a partir de uñas rotas y

sangre burbujeante.

Sé que siguen a la espera de razones más congruentes y palabras con mayor sentido y lógica. Pero no existe tal cosa como una filosofía fatalista detrás de mi muerte, mi segunda y más definitiva muerte.

Éste acto es solo el capricho de un alguien que no soporta el mundo que lo rodea, y plantearlo así es la mejor manera para que ustedes entiendan, una vez más, lo que mejor les convenga simplemente porque no pretendo afilarle razones al que no quiere escucharlas, ni menos entenderlas.

Silvestre y solo Silvestre será capaz de entrever, entre uno y otro significado, los motivos que logró vislumbrar en mis miradas cuando los silencios incómodos se convertían en otra forma más de conversación.

Él y nadie más que él puede entenderme.

Él y nadie más que él logró entenderme.

Él y nadie más que él, con la ropa puesta o su inflamada lujuria hirviendo en mi interior, sabía cómo lidiar con el maricón crinado y demente que se aloja muy en lo profundo del que, ante ustedes, parece hablarles con demasiada congruencia.

A veces hay que entender, con claridad, que lo que carece de significado es porque, simplemente, no lleva un nombre por nosotros conocido. No por ello quiere decir que no significa nada o, en todo caso, que no significará algo luego.

Las entidades vacías, aquellos que con la mirada gacha deambulamos cual fantasmas, también tenemos un significado, solo que nos hace falta una voz ajena que nos dé un nombre y, con ello, un propósito para, al final, desfallecer en un olvido de dos mientras las agujas del reloj se olvidan de uno y otro.

Las entidades vacías, Silvestre, nunca seremos algo más que un algo de paso. Una circunstancia momentánea que se atraviesa en tu camino y te obliga a darte una breve pausa. Y no puedo obligarte a pausar su existencia todo a causa de mí, Silvestre, no puedo.

No pretendía avocar tiempos muertos en tu vida, Silvestre, porque reconocí en ti un alma maravillosa, un alma cuyo valor ha de ser reconsiderado, restituido y re-ofertado con la misma y cándida intensidad con la que tu nombre florecía ante mi nombre, porque el amor en ti parece ser una cura definitiva.

El mundo te necesita, Silvestre, no a mí.

La vida requiere de tu existir, no del mío.

Tus palabras son las que, tiempo atrás, te mantuvieron tras las rejas de un monstruo que no debió siquiera nacer. Tus palabras serán, a futuro, Silvestre, el motivo por el que la antagónica presencia del dolor desaparecerá para siempre de tu realidad, así como desapareceré yo de toda realidad plausible.

Quédate consciente, Silvestre, te lo pido. Quédate consciente, hoy mañana y siempre, y no intentes martirizarte con esta patética tragedia mía, por favor, que lo que he hecho ha sido la mejor decisión que pude tomar jamás estando, todavía, consciente.

Y perdóname, en verdad, perdóname por no haberme despedido cuando debía. Perdóname por llorarle una vez más a esta pantalla mientras te llamo por tu nombre, como si fuese merecedor de tal cosa, simplemente por haber traicionado las verdades que nos guardamos al desnudo.

Extrañaré tus besos.

Extrañaré tus miradas.

Extrañaré tus fantasías de ángel guardián para ser yo quien abra las alas y se aleje, para siempre, hacia donde el tiempo no transcurre o hacia donde el fuego me castigue por toda la eternidad. Sea cual sea el destino venidero, estoy consciente que la culpa carece de nombre, aparte del mío.

Ni la muerte borrará de mí todas las huellas que has dejado sobre mi cuerpo dibujadas. Las llevaré conmigo, siempre, atadas a una memoria liberada, así como liberados quedarán mis sentidos y mi corazón, corazón que responderá siempre a tu nombre.



Capítulo 32

XXX

«Palabras»

Aquella vez el odio que reflejaba mi rostro no iba dirigido a ellos. Aquella vez, cuando el interrogatorio llegó a su fin, las sensaciones que revoloteaban en mi interior carecían de nombre y forma, pero no de fuerza.

Mi cuerpo, cansado, atravesó los pasillos con presencia colosal. Mi madre caminaba a mis espaldas mientras yo buscaba deshacerme de ella escaleras abajo.

Me perdí entre el bullicio urbano ni bien abandoné la comisaría. Enfilé mis pisadas en direcciones siempre vacías porque no pretendía volver a casa y tampoco podía escaparme a la suya: él ya no estaba.

Aquella vez, cuando todo lucía perdido y sin sentido, opté por sacarle el cuerpo a cuanto me era conocido. Opté por difamar palabras y acciones que habían poblado mi mente desde hacía tanto tiempo que, simplemente, comencé a desahuciarme a mí mismo.

El efecto borrador comenzaba a ejercer, en mí, aquella fatídica acción que solo el olvido sabe ejecutar sin mediar palabras. Quería olvidarlo todo, olvidar cuanto habíamos vivido juntos, antes y después de confrontar todas y cada una de las verdades que nos correspondían a cada uno.

Vagué hasta altas horas de la noche para luego, hambriento y sucio a más no poder, crucé la puerta de mi casa, tomé un baño, cené con brutal desánimo y me dejé caer, luego, sobre la cama para llorarle como lo había estado haciendo desde hacía una semana atrás.

Porque todo fue demasiado pronto.

Todo fue demasiado súbito también.

¿Cómo podría yo, con mi alma flagelada, sobrevivir una pérdida como esa cuando, la noche anterior, habíamos compartido los placeres de la carne?

¿Cómo podría yo, luego de aquella intervención azul, superar el claro hecho de que su muerte, por muy planificada que haya sido, había sido también culpa mía?

¿Cómo iba yo a saber que un corazón roto y una humillante aparición en televisión harían de mí un amasijo quebradizo de nervios inestables y lágrimas imperecederas?

El monstruo había muerto.

El monstruo desapareció en el instante mismo en que él partió de la realidad con destino a ninguna parte. Un boleto de ida hacia el olvido, aunque yo no lo olvidé nunca porque nunca pude arrancarme su nombre del corazón.

Cinco años han pasado ya desde que toda aquella tragedia me hizo convulsionar la existencia. Cinco años deambulando por una realidad prestada, una realidad plástica y superficial que carece, día con día, de sentido y significado.

Todavía yacen en mi posesión ciertos enigmas que él no quiso aclarar cuando todavía podía mirarme a los ojos. Todavía quedan, sobre mi piel, ciertas marcas causadas por su nombre, marcas que suelo besar o acariciar antes de derramar un par de lágrimas en su nombre.

Aquella vez, cuando desperté al día siguiente, solo pude hacer una única estupidez con la esperanza de tranquilizar mi tan atormentado corazón. Porque, al parecer, las huellas que dejamos en vida parecen dibujarse nuevamente cuando visitamos los recintos del pasado.

Era temprano, muy temprano, y el sol no había siquiera dado muestras alguna de su presencia. Yo pedaleaba con desaforada fuerza, con ágil desenfreno, mientras lo dejaba todo atrás en busca de aquel último recuerdo, vívido recuerdo, que había estado dando vuelcos en mi interior desde su fatídica partida.

Recordaría ciertas palabras suyas en el camino. Recordaría muchas de sus ideas, muchas de sus nociones, así como recordaría también la manera tan dulce en la que su voz hacía resonar mi nombre bañándolo de colores

que solo él podía darle cuando me nombraba.

Era temprano, insisto, así como ahora. Y la imagen de aquel momento, hace cinco años ya, no era tan distinta a la que vislumbro hoy por hoy con mis propios ojos: la vida no ha cambiado demasiado, la realidad no ha sido alterada en lo absoluto.

Recuerdo abandonar la bicicleta y correr hasta el punto en que el mar acaricia la orilla. Todavía lloraba. Todavía susurraba su nombre entre espasmos causados por un llanto desconsolado y un corazón flechado por la agonía.

El recuerdo dejó de ser recuerdo entonces cuando el sol anunció el inicio de un nuevo día. Cuando su luz se levantó detrás de aquel lejano horizonte fue cuando volví hacia atrás los relojes, hasta el día en que caminamos juntos por aquella playa, solos él yo.

Quizá haya sido cosa de la imaginación, quizá haya sido cosa de dolor y sufrimiento, pero el sol que vi en aquel momento no se parecía a nada que haya visto antes.

Como dije, quizá haya sido cosa de la imaginación y nada más, pero el tono saturado de los colores me dejó casi tan perplejo como me dejó su imagen al verlo correr, una vez más, en dirección al horizonte. Un hecho trascendental, sin duda, ese de verlo corretear tras las aves.

Sonreí. En ese momento, ahogado entre lágrimas, sonreí mientras él corría. Y sé que también él sonreía, que sabía que yo estaba ahí haciéndole compañía una vez más. ¿O había sido él quien había llegado para acompañarme en mi desgracia? ¿Un acto de despedida, tal vez?

Cinco años. Cinco malditos años sopesando tu pérdida, superando mi dolor y reviviéndote cada vez que puedo solo porque así siento que no pierdo el norte, que no pierdo mi razón de ser. Y hoy, precisamente, cuando lo revivo todo a detalle, es que vuelves a corretear por esta playa.

Vuelvo entonces a escuchar tu voz y tu risa mientras siento en mi pecho esa sensación que creí haber desterrado de mi ser. Vuelvo, sin remedio, a escuchar tus palabras mientras veo tu figura alejarse entre las saturadas luces de un sol a media tarde.

Es una tarde similar, idéntica a aquella en que luciste las ropas que llevas puestas todavía mientras correteas a lo lejos.

Y aprovecho este reencuentro para aclarar mi error, para aceptar mis fallos, para hacerte saber que no cumplí del todo con lo que de mí

esperabas: hice lo que pude.

Nunca olvides, Silvestre, que no solo las aves tienen alas habías dicho aquella vez entre mis brazos, cuando pasamos juntos la noche fuera de casa. Y no había comprendido, en aquel momento, que te habías despedido de mí, que lo habías estado haciendo tan continuamente y yo, tan ciego, no me daba cuenta de ello.

Y esas palabras son, Ángel, las únicas que llevo conmigo, siempre, simplemente porque vienen de ti, porque vinieron de ti, porque yaces con vida cuando surgen de mi voz, que sigue siendo tu voz, porque no te he olvidado, porque no te he superado, porque no me siento listo todavía para seguir de largo por un sendero que no te incluye.

No solo las aves tienen alas, Ángel, y tú buscaste la forma de abrir las tuyas. Poco importó el precio, poco importó el resultado, así como poco importó, también, el sinsentido que alimentó tus razones para salir volando sin mí haciéndote compañía.

Maracaibo. Marzo de 2020